

POTRA.

José Ignacio de Arana.

En el bar de un pueblo de la Andalucía profunda donde yo había recalado, un anciano que estaba por allí, pasando el tiempo esperando que el tiempo pase, supo de mi condición de médico y se puso a la defensiva: “Yo, a mi edad, estoy muy sano, si no fuese por la *quebrancía*”. Como viera que ponía cara de extrañeza, se sintió obligado a explicarse: “Sí, hombre, por las dos potras que tengo en el empeine, que dicen que me las opere, pero yo no quiero; total, para lo que uno tiene ya que hacer, con el braguero desde por la mañana voy de sobra.” En un instante me había enseñado todo un muestrario de terminología médica popular. Efectivamente, la Academia recoge la palabra *potra*, advirtiendo de su etimología discutida, para definir la hernia de una víscera u otra parte blanda y, en especial, la hernia ínguinoescrotal. *Quebrancía* era una forma de decir quebradura, arcaísmo para el mismo padecimiento que también reconoce el DRAE. En cuanto al *empeine*, la misma fuente nos ilustra que, derivado del latín *pecten-īnis*, pelo del pubis, vale por “parte inferior del vientre entre las ingles”.

En la medicina tradicional, ya recluida en los repertorios de folclore médico, destaca la existencia en los pueblos de practicantes de dos tipos de cirugía menor, ejercida por individuos con habilidad y vocación pero, por lo general, ayunos de formación científica y menos aún académica: los *algebristas*, dedicados a corregir las dislocaciones y fracturas óseas (véase el *Laboratorio* del 10 de octubre de 2007) y los *potreros* o *sacapotras*, palabra esta última que se hizo sinónimo en el lenguaje popular de mal cirujano, que se ocupaban de reducir las hernias de sus convecinos. Por lo que se refiere a los bragueros, artilugios más o menos sofisticados para la contención de las hernias, eran uno de los productos estrella en las viejas tiendas de ortopedia que los exhibían tentadores en aquellos escaparates en los que competían en lucimiento con prótesis de miembros, ojos de cristal, muletas, irrigadores para enemas y adaptadores para retrete, espectáculo visual que si bien provocaba honda sensación de angustia en muchos viandantes, excitaba la morbosa curiosidad de otros y hasta la fruición de alguno como Ramón Gómez de la Serna.

A los *potrosos* se les atribuía la capacidad de predecir los cambios meteorológicos a cuenta de las molestias que detectaban en sus hernias. Esta habilidad era muy valorada por las gentes y quizá se deba a eso el uso encomiástico de la expresión “tener potra” para referirse a alguien que disfruta de suerte.

ABOLENGO.

José Ignacio de Arana.

Cuando nace un niño, nada más salir del claustro materno, los familiares se apresuran a encontrarle innegables parecidos con algún pariente más o menos cercano. Lo cierto es que a quien se parece el chiquillo en esos primeros momentos de vida extrauterina, y aun durante unas horas, es a otro recién nacido en las mismas circunstancias. Pero ello no es óbice para que de inmediato se proclame que la criatura es igualita al padre, la madre o alguno de los abuelos, con gran contento de la persona agraciada con el parecido. Lo que se está haciendo de esa manera es una declaración de *abolengo*, esto es, de relación de ascendencia con los abuelos o antepasados, algo que constituía un conocimiento empírico trasladado, nunca mejor dicho, de generación en generación desde los orígenes de la humanidad y en cada familia en particular. El concepto de filiación es fundamental en la historia de las sociedades y cuanto con más detalle se pueda establecer mayor ha sido su importancia a la hora de establecer rangos sociales. Claro que los criterios utilizados para ello siempre habían sido muy empíricos, basados en similitudes físicas que en muchas ocasiones tenían poco de específicas –el color de los ojos o del pelo, un lunar o cualquier mancha cutánea, hasta un rasgo del carácter- y respondían tácitamente a la buena fe y la confianza en el origen de los nacimientos. De ahí que muchas sociedades optaran, en un por si acaso cargado de ancestral resquemor, por dar a los hijos en primer lugar el apellido materno, único que la naturaleza garantiza. No hace mucho se ha publicado un minucioso estudio que entremezclando historia, leyenda e investigación científica, sostiene la teoría de que varios millones de personas en la actual Europa son o somos descendientes directos nada menos que de Genghis Khan quien, al parecer, fue sembrando sus territorios conquistados con hijos que han ido transmitiendo su carga cromosómica. Pues qué bien. Otro tanto podría decirse, seguramente sin cometer demasiado error, con otros varios personajes de la historia de similares y famosas fecundidades y promiscuidad. Hoy la genética ha venido a sustituir al abolengo o al menos a darle rigor de ciencia positiva. Así, más de un rancio abolengo se podría venir abajo, pero eso ya es otra historia, interesante también sin duda alguna, más para la literatura de evasión que para la propia ciencia.

IMAGINARIA.

José Ignacio de Arana.

La vida castrense ha proporcionado siempre al lenguaje común numerosos términos que se utilizan al margen de ese origen. La desaparición del servicio militar obligatorio, con el consiguiente alejamiento de la mayoría de la población, al menos de la mitad masculina, de esa manera de hablar durante un periodo de la vida en el que quedan grabadas en la mente del individuo muchos estereotipos de todas clases, también los lingüísticos, contribuye a la pérdida de sentido de ciertas palabras y expresiones. Uno de los casos más curiosos es, sin duda, el significado en español de la expresión “sin novedad”, al que ya me referí en un artículo publicado en este mismo laboratorio hace unos años. Decir “sin novedad” es manifestar que “todo va bien”, que “no hay ni ha habido ningún problema” en el desarrollo de cualquier acontecimiento contingente. Hasta la R.A.E. acepta este significado y así nos dice que *novedad* es “alteración de la salud” (5ª acepción del DRAE), se supone, claro, que en el sentido de perjuicio para ella. Y la locución adverbial “sin novedad” alude a que no hay variación respecto a la evolución habitual de los hechos que deben ser, pues, rutinarios para considerarse normales. Esta postura del pensamiento se denomina *misoneísmo* y va en franca contradicción con el espíritu científico que anima a la medicina, por lo que suele estar alejada de los miembros de nuestra profesión... aunque no siempre.

Otra palabra de raigambre militar y, por tanto, en vías de pasar al vocabulario arrumbado en el habla común es *imaginaria*. Era el “guardia que no presta efectivamente el servicio como tal, pero que está dispuesto para hacerlo en caso necesario”, también el “servicio de vigilancia nocturna en cada compañía o dormitorio de un cuartel”. Es, sin embargo, una palabra que pervive en profesiones y oficios bien alejados de la milicia pero en los cuales su quehacer diario exige la prestación de misiones permanentes cuyo cumplimiento no puede quedar a merced de las circunstancias individuales de la persona nominada para el puesto: médicos con servicio de guardia, tripulantes de medios de transporte, servicios públicos de seguridad... En todos ellos es normal que se establezca un turno de imaginarias, que recibirán este nombre o el de alertas; éste último va desplazando al otro, quizá por la progresiva ignorancia de su significado entre los potenciales usuarios.

FESTINA LENTE.

José Ignacio de Arana.

Según narra Suetonio en su obra biográfica *Vidas de los doce césares*, documento fundamental para el conocimiento de la primera época del imperio romano, éste era el lema de César Augusto: *festina lente*, apresúrate lentamente. Vale tanto como nuestro dicho popular “vísteme despacio, que tengo prisa”. Ambas son expresiones que sólo suelen pronunciar personas atareadas, aparentemente acuciados por la necesidad de hacer muchas cosas en un tiempo limitado. No recurren a ellas, por el contrario, las que tienen tiempo de sobra, bien por estar de continuo ociosos, que las hay aunque parezca mentira, o por considerar que no merece la pena hacer demasiadas cosas por sí mismas cuando es seguro que otros lo harán y probablemente mejor, según piensan. Debería ser también la divisa de quienes se dedican a la investigación científica, labor que requiere tener los objetivos claros pero ir hacia su consecución poco a poco, meditando y comprobando cuantas veces sea necesario cada uno de los pasos dados en ese cometido. ¿Se hace siempre así? No, desafortunadamente. En algunas ocasiones la premura por alcanzar esos objetivos que ya se intuyen, o quizá sólo se desean con excesivo entusiasmo, frustra todo el trabajo y hay que empezar de nuevo: *festina lente*.

Es misión de los sociólogos intentar determinar cuáles son las características, si es que las hay, que definen a una época. La nuestra se ha solido definir, con bastante acierto, como una época de prisas, hasta el punto de que alguien ha llegado a decir que el único placer descubierto por los hombres y mujeres que vivimos en ella, el que no conocieron las generaciones que nos han precedido, es la velocidad. La velocidad acorta las distancias y parece alargar el tiempo que tenemos para hacer cosas; pero esto segundo no es más que una impresión de nuestra mente; el tiempo en realidad es una magnitud que nos supera y sobre la que poseemos poca o ninguna capacidad de modificación. Sorprende comprobar, al leer relatos históricos, la extraordinaria movilidad de muchos de nuestros antepasados con los medios a su alcance para hacerlo; nos cuesta entender cómo hacían tantas cosas y viajaban – sólo algunos, eso sí- tanto. Seguramente podían hacerlo porque no sabían lo que es la prisa; de haberlo sabido, ella misma les hubiese paralizado, como nos sucede con frecuencia a nosotros.

LIBRO ELECTRÓNICO.

José Ignacio de Arana.

El enunciado de este artículo parece un oxímoron. El concepto que todos tenemos de lo que es un libro, como objeto físico, raspa en principio las entendederas al ponerlo junto al de algo electrónico; suena a contrasentido. Sin embargo, el término “libro electrónico” se abre camino con fuerza para designar una realidad de nuestro tiempo. Es preferible, además, aceptar esta expresión tal cual antes que la foránea y de difícil pronunciación e-book que pugna por ocupar ese espacio vacío del lenguaje ya cotidiano. En defensa del libro impreso, en papel, se esgrimen numerosos argumentos mil veces repetidos por parte de quienes amamos ese formato; la mayoría, no obstante, pueden calificarse de sentimentales antes que de prácticos. Aparte de la costumbre adquirida desde la niñez de cada cual y arrastrada en el inconsciente a través de las generaciones, está el placer de tener el volumen entre las manos, sentir el tacto de las hojas, el de las cubiertas, y más si éstas son de cierta calidad de encuadernación, hasta el olor a tinta de una obra que abrimos por primera vez; la visión gratificante de una librería con los estantes llenos de volúmenes selectos, reunidos a lo largo de una vida y quizá los recibidos en herencia de nuestros padres, muchos de ellos impregnados subliminalmente de recuerdos, evocadores del momento de una anterior lectura. Borges creía que el cielo habría de ser como una inmensa biblioteca de trazado laberíntico; una idea que Umberto Eco traslada a su novela *El nombre de la rosa*, tan repleta de simbolismos.

Y el libro electrónico ¿no ha de encontrar testimonios en su defensa? El primero y principal es la economía de espacio. Llega un momento en el que los libros nos desbordan; los tenemos en las estanterías, sobre las mesas y los muebles, bajo la cama y en los lugares más inverosímiles porque, desde luego, somos incapaces de desprendernos de ninguno ni menos aún, crimen horrible, de tirarlos aunque sepamos con casi absoluta seguridad que no lo volveremos a leer nunca. Además, los nuevos aparatos de este tipo han recuperado el detalle, en modo alguno baladí, de que se lea pasando página a página; un detalle que con su falta nos hacía a muchos rechazar la lectura “al modo de rollo” a la que obligaban los textos en el ordenador. Renunciamos al disfrute adicional del tacto del papel, pero nos acostumbraremos sin duda. De todas formas, aún le queda al libro tradicional mucho tiempo de existencia y ambas hechuras quizá nunca sean excluyentes.

BUSTRÓFEDON.

José Ignacio de Arana.

Del latín *boustrophēdon*, y éste del griego *βουστροφηδόν*, de *βοῦς* “buey”, *στρέφειν* “dar la vuelta” y *-δόν* “a la manera de”, esta extraña palabra hace referencia a una “manera de escribir, empleada en la Grecia antigua, que consiste en trazar un renglón de izquierda a derecha y el siguiente de derecha a izquierda”, según lo define la Academia. No se sabe con exactitud la utilidad de este tipo de escritura. Para algunos historiadores era una forma de economizar los materiales disponibles para escribir, especialmente el soporte, papiro, pergamino o tablilla de cerámica; para otros, lo que ahorraría sería tiempo de lectura al reducir los movimientos oculares, aunque esta segunda explicación me parece un poco chusca. Una opinión interesante es la de que se corresponde en la historia de la escritura con un paso intermedio entre la forma semítica, de derecha a izquierda, como son aún el hebreo y el árabe, y la occidental, de izquierda a derecha. Es probable que no se trate más que de una forma de extravagancia de aquellos griegos o de una especie de criptografía elemental como lo sería siglos más tarde la escritura especular que usaba Leonardo de Vinci. Por cierto que en un laboratorio del lenguaje como éste es muy tentador estudiar los innumerables sistemas ideados por el hombre para disfrazar el sentido de las palabras con fines tan dispares como los diplomáticos, comerciales, bélicos, amorosos o sencillamente el divertimento o la paranoia del escritor. Pero dejaremos el ceder a esa tentación para algún artículo más adelante.

Y ¿quién escribe hoy en bustrófedon? Pues seguramente nadie, claro está, pero yo mismo y el lector de este artículo utilizamos a diario algo que se le parece, aunque no lo hacemos por nuestra propia mano, que no somos tan hábiles o tan listos. Con este sistema escriben las impresoras matriciales de ordenador cuyo cabezal móvil traza los renglones alternativamente en ambos sentidos por ergonomía, si bien el texto aparecerá escrito de forma legible tradicional.

El mismo término de bustrófedon, por su etimología citada, es notoriamente obsoleto. ¿Cuántas personas, sobre todo menores de cincuenta años, han visto en su vida arar un campo con una yunta de bueyes? Claro que hoy día esa labor la realizan los tractores y éstos dibujan en la besana el mismo trazado zigzagueante que hacían los animales, pero nadie ha inventado todavía el neologismo adecuado.

PABELLÓN DE REPOSO.

José Ignacio de Arana.

Algunas enfermedades tienen el dudoso privilegio de ser muy “literarias”, de haber ocupado muchas páginas de buena, regular o mala literatura. Los personajes célebres que las sufrieron, las peculiares vivencias que muchas veces acompañan a su padecimiento, los ambientes que la medicina ha creado para colaborar en su curación o en el alivio de los síntomas floridos de las mismas, son ciertamente fuente de inspiración para escritores de diversas épocas. Y la tuberculosis destaca entre todas ellas por su protagonismo en algunas de las obras tenidas por principales en la historia de la literatura. Citaré dos de éstas. En *La dama de las camelias* Alejandro Dumas narra las venturas, y sobre todo las desventuras, de la tísica Margarita Gautier y las de su enamorado Armando Duval, personajes que retomará Verdi para *La traviata*, obra cumbre de la operística italiana. Thomas Mann publicó en 1926 *La montaña mágica*, colosal novela que contribuyó a la concesión del Premio Nobel de literatura al autor tres años después. En ella, su protagonista Hans Castorp visita a un pariente en un sanatorio antituberculoso suizo y lo que iba a ser una corta estancia se prolonga durante varios años. Mann traza un auténtico ensayo sobre los más variados temas, filosofía, política, artes, ciencia, tal y como se vivían en la Europa de entreguerras; los enfermos acogidos en el sanatorio, con sus meditaciones, en parte inducidas por la enfermedad y el aislamiento, se erigen en coprotagonistas y sobre todo el ambiente planea la presencia de la tuberculosis.

Nuestro Camilo José Cela publica en 1943, al año siguiente de darse a conocer con *La familia de Pascual Duarte*, una novela titulada *Pabellón de reposo*, que apareció primeramente en forma de entregas semanales en un periódico. A Cela se le había diagnosticado en 1931 una tuberculosis pulmonar y recibió tratamiento en el hospital serrano de Guadarrama al que regresaría en 1941. Fruto de su experiencia personal crea una obra claustrofóbica, con numerosos pacientes, identificados sólo por el número de la habitación que ocupan, que dedican su tiempo, un tiempo angustiado por la idea, casi certeza, de la muerte próxima, a escribir cartas sin destinatario la mayor parte de las veces, diarios, poemas de aniquilación y confesiones. El estilo es florido, con la perfección lingüística de la que siempre disfrutó el autor, aunque en el fondo carece de argumento. La obra es tan realista que por un tiempo estuvo prohibida su lectura en los sanatorios

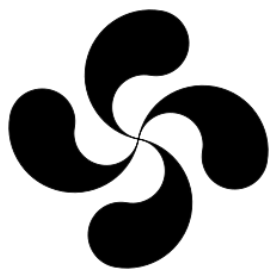
antituberculosos. Aún faltaban unos años para el advenimiento de la estreptomicina que vino a cambiar radicalmente la vida y el futuro de estos enfermos.

OURÓBOROS.

José Ignacio de Arana.

Seguramente ningún otro icono de la simbología universal haya sido tan utilizado en cualquier cultura y tiempo como la serpiente. En lo que se refiere a la medicina forma parte de nuestra imagen profesional desde tiempos que se pierden y entrelazan con la mitología de este oficio. La serpiente trepando, enrollada, a un árbol o un bastón forma el caduceo de Esculapio, emblema de la medicina y si es a una copa representa a la farmacología y la boticaria. Es la unión de lo terrenal y de lo celeste, misión que nos ha sido “adjudicada” por la opinión pública a los que nos ocupamos de algún modo en tareas sanitarias. Otro sentido de la serpiente es el de longevidad, e incluso de eternidad, por su conocido hábito de cambiar la piel para seguir creciendo y desarrollándose. Esta interpretación como animal simbólico de lo que no tiene principio ni fin queda expresamente de manifiesto representada en la figura denominada **ouróboros**, la serpiente que se muerde a sí misma la cola formando un anillo. El **ouróboros** aparece en culturas nórdicas, mediterráneas, orientales y siempre con el mismo significado de eternidad o de regreso perpetuo a los orígenes. Por eso va unida en muchas ocasiones a la figura del médico o a otras que simbolizan a éste; porque el médico asiste al comienzo y al final de la vida humana, es un testigo de la eterna renovación de la naturaleza. Claro que estos son conceptos de abstrusa filosofía médica que seguramente no pasan ni rozando la mente de nuestros colegas actuales que se verán sorprendidos e ignorantes ante la aparición de una serpiente junto a su título académico.

Otro símbolo de ciclo completo y repetitivo, usado frecuentemente en semiótica, y también muchas veces acompañando o sustituyendo a la figura del médico es el disco solar o el de otro astro en su giro. Van Gogh supo plasmarlo de manera incomparable e irrepetible en uno de sus lienzos más enigmáticos, *Noche estrellada*, pero los artistas de todas las épocas lo han intentado a su manera. El modo más habitual de hacerlo quizá sobresalte a alguno, pero no es otro que la esvástica, un disco solar en rotación, que aparece en iconografías de hace miles de años en la India y de unos cuantos menos hasta en catacumbas paleocristianas. La cultura vasca, y parte de la cántabra, utilizan, también desde tiempo inmemorial un símbolo muy parecido, el *lauburu*, “cuatro cabezas” que adorna, por ejemplo, algunas bóvedas del monasterio navarro de Loarre sin escándalo para nadie.



LAUBURU.

DESIDERATA.

José Ignacio de Arana.

Del latín *desiderāta*, plural de *desiderātum*, la palabra hace referencia al “conjunto de las cosas que se echan de menos y se desean”. Cuántas veces en nuestros quehaceres diarios hemos tenido este sentimiento de falta, de que necesitaríamos algo, un instrumento, un libro o documento, un consejo en muchas ocasiones, para realizar a gusto y a la perfección aquello que habíamos comenzado; y, no teniéndolo a la mano, hemos seguido adelante y acabado el trabajo como se ha podido, la mayoría de esas veces, y no ha quedado todo tan mal y no hay que quejarse en demasía puesto que siempre ha sido así. ¿Siempre? Quizá sí hasta nuestro tiempo, tan pródigo en crearnos complicaciones para el pensamiento, pero también en proporcionarnos ayudas que verdaderamente no habríamos soñado hace siquiera media generación. La ayuda la tenemos en el mismo utensilio de escribir; como si dijéramos en el depósito de la estilográfica o en el recambio del bolígrafo: en la tecla de al lado del ordenador. Se llama, todos lo sabemos, internet, y una de sus virtudes es la inmediatez aunque lleve indefectiblemente unido el defecto del exceso y con él la falta de crítica en su apabullante masa de información. Tengo dicho muchas veces y en muy distintos sitios que intentar obtener un juicio usando sólo la red conlleva el mismo riesgo que el de quien, teniendo sed, utiliza para calmarla la manguera de los bomberos: agua traga, pero se ahoga. Pero qué tranquilidad proporciona el que a dos golpes de tecla y un rasgueo de ratón estén delante nuestro toda una biblioteca o una hemeroteca o un mapamundi con sus fronteras y su complicada orografía de montes y ríos. Perdemos aquel rato apasionante, o lleno de desasosiego según las circunstancias, de ir a explorar por entre las estanterías de la amada, y con tanto esfuerzo conseguida, biblioteca, y el deleite de hojear, con hache de pasar las hojas, el libro hallado, pero lo damos por amortizado por las otras ventajas. Ahora bien, se está llegando al caso de encontrarnos frente a artículos de opinión, e incluso libros enteros y verdaderos, que no son más que centones (recosidos de retales, *collages* diría un papanatas) fruto de la consulta y desaprensiva copia de lo que internet, es decir, los otros, nos aportan. Se está haciendo de las herramientas categoría y eso, al cabo, sólo empobrecerá el pensamiento, la imaginación el meditado raciocinio personal y, en su conjunto, la inteligencia.

COMPAÑERISMO Y CORPORATIVISMO.

José Ignacio de Arana.

Qué cambio tan curioso, y muchas veces tan penoso, han sufrido algunas palabras en su significado, casi siempre, además, en sentido peyorativo. Es el caso de una de la que hoy nos ocupa. La pertenencia, por profesión, oficio o cualesquiera otras formas de dedicación a un grupo más o menos cerrado, gobernada en general por sus propios miembros, de acceso mediante algún tipo de prueba selectiva en la que se valora un cierto meritoriaje, ha conferido siempre al individuo una especie de categoría, quizá sólo subjetiva pero no menos sentida, que le permitía diferenciarse del resto de sus congéneres. Es la historia de los gremios, una institución que ha ido ineludiblemente transformándose en su estructura, ampliamente estudiada por los historiadores, los sociólogos y hasta los economistas. La corporación generaba compañerismo, y viceversa. En todo caso, la palabra tenía un rango de ponderación porque el compañerismo es en todas las circunstancias bueno de por sí y de ese modo lo entiende el pensamiento más simple. Pero he aquí que de un tiempo a esta parte escuchamos y leemos el término corporativismo teñido por la segunda acepción que recoge el DRAE: “En un grupo o sector profesional, actitud de defensa a ultranza de la solidaridad interna y de los intereses de cuerpo.” Y es precisamente en esa apostilla de “a ultranza” donde viene a radicar el problema. Porque suprimida de la definición, ésta no sería más que la de una actitud encomiable para el buen regimiento de un grupo social. Los médicos, como los abogados, los profesores, los funcionarios públicos o cualquiera que esté integrado, aunque quizá no tenga sentido de estarlo ni menos aún “documentos” de adscripción, en los que la sociedad considera como “grupos de poder o de presión”, se verán sometidos a la acusación de corporativismo cada vez que salgan en defensa de alguno de sus colegas, ni siquiera digo ya de sus compañeros, que haya cometido alguna falta real o “presunta”. Seguramente nadie entenderá mejor los posibles errores de un profesional, como los de un artesano, que quien dedica su tiempo y su pensamiento al mismo quehacer, y sabrá distinguir, en justicia, en lo que se engloba en el amplio concepto de ética profesional, lo que es una mala praxis de lo que es una contingencia. Pero líbrese, si le es posible, muy mucho de hacerlo porque, aun en el caso de haber sido designado judicialmente como perito, si su dictamen es favorable al acusado, será tildado de corporativista; feo sambenito para llevarlo puesto hoy.

EL VIOLÍN DE INGRES.

José Ignacio de Arana.

Esta expresión, hoy en completo desuso y, lo que es peor, de significado absolutamente desconocido para el común de los hablantes, era muy del gusto de mi padre que la repetía a menudo cuando hablaba de personajes que, conocidos por alguna faceta profesional, social o laboral, ejercían ocasionalmente y de manera destacada otra en apariencia muy alejada de la primera. Entraban en esa nómina personalidades como artistas, políticos o prohombres de esa época o de los que tenían renombre como para ser presentados como ejemplo a emular por el joven que recibía la instrucción. El primero, sin duda, el sujeto que protagonizaba el nombre del comentario.

Jean Auguste Dominique Ingres fue un pintor francés, eximio representante del estilo neoclásico, que vivió entre los siglos XVIII y XIX y que fue extraordinariamente conocido tanto en Francia como en el resto de Europa donde por entonces reinaba la moda artística de nuestros vecinos. Algunos de sus cuadros, perdida quizá la noción de su autoría, nos son aún muy conocidos a través de catálogos y de monografías: *Napoleón entronizado*, *La gran bacanal*, *La odalisca*, *La fuente*, la mayoría con provocativos desnudos femeninos propios de aquel estilismo. Pues bien, Ingres fue asimismo un virtuoso violinista que deleitaba a la alta sociedad contemporánea que compraba sus lienzos con conciertos de exquisita música camerística. Su afición fue muy celebrada y pasó al lenguaje como sinónimo de segunda ocupación ejercida con esmero pero sin dedicación de profesionalidad. A esa lista añadiríamos muchos nombres conocidos: Einstein, que curiosamente también optó por el violín, Woody Allen por el clarinete, Carlos IV de España por la cerrajería, Churchill por la pintura, Clinton por el saxofón, Cajal por la fotografía o Unamuno por la papiroflexia como esencia de la geometría, por citar sujetos de las más variopintas extracciones.

Poseer un “violín de Ingres” vale por ser capaz de diversificar el interés del individuo por el universo intelectual que le rodea, pero, sobre todo, haciéndolo a través de actividades que pudiéramos englobar en el amplio conjunto de las “creativas”. Aquí los médicos nos deberíamos aplicar la lección, porque hemos de reconocer que por lo general pecamos de “monotemáticos” en nuestras conversaciones y relaciones sociales; somos, reconozcámoslo a la vez que hagamos propósito de la enmienda, muy “pesaditos”.

BULA.

José Ignacio de Arana.

Ángel Ganivet, que nos conocía bien a los españoles habiéndose estudiado a fondo a sí mismo, y que por eso pudo escribir su *Idearium* que es un vademécum de nuestra idiosincrasia, decía que el más íntimo deseo de un compatriota era llevar en el bolsillo una cédula que dijera. “Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana”. A ese tipo de cédula, de documento, es a lo que los españoles llamamos por antonomasia bula aunque no se ajuste en su acepción a la realidad.

La palabra bula tiene en español muchos significados, principalmente casi todos relacionados con el origen eclesiástico del término pues, efectivamente, es en puridad un documento pontificio relativo a materia de fe o de interés general, concesión de privilegios, etc., expedido por la cancillería apostólica y autorizado con el sello de su nombre que tenía precisamente forma de *bull*a de cera o lacre marcado con la señal indeleble del Papa. Pero el que ha prevalecido es el de privilegio otorgado o trato de favor. Eso de privilegio, ley privada de uso particular, es algo muy del gusto de cualquiera aunque casi todos lo nieguen de boquilla. Si la igualdad está reñida con muchas actividades humanas, una de éstas es sin duda la investigación científica. Sí ha de darse la igualdad de oportunidades, por supuesto, pero los resultados estarán muy sesgados por las circunstancias y las cualidades de cada individuo o grupo investigador y también a veces, por qué no reconocerlo, por la suerte. Eso no quiere decir que exista una “bula” previa que prime a unos sobre otros como con demasiada frecuencia sucede, al menos en nuestros lares.

La discrecionalidad para repartir bulas es un atributo que se arroga en España cualquiera que toca aun por poco tiempo el poder administrativo y por conseguir aquel papelito del que hablaba Ganivet se mueven carros y carretas en covachuelas y conventículos de poder. La bula ha de ser algo extraordinario, racionado en su dispensación, y en eso consistirá su mejor mérito. No las convirtamos en aquellos documentos pueriles que se compraban en las parroquias por distintos precios, las había para cualquier economía doméstica, y que permitían a la familia comer carne en Cuaresma, una especie de inflación de la penitencia.

MEMORIA HISTÓRICA.

José Ignacio de Arana.

Hago aquí y ahora una confesión: he decidido aplicarme a la labor intelectual de la relectura histórica; ¿memoria?, pues a las bravas, echándole codos. Estamos abrumados de noticias novedosas en todos los ámbitos del conocimiento; también, claro es, en la ciencia, nuestro campo de estudio y de trabajo. ¿Son todas ciertas?; seguramente no. ¿Son todas importantes?; no con absoluta certeza. Entonces, qué podemos hacer si no queremos estar como muñecos del pim, pam, pum a merced de esa marea. Dos cosas, las que se han hecho siempre: una, seleccionar con esmero los proveedores de la información, hacerlo sólo entre personas de prestigio reconocido y no sedicentes sabedores de todo, que los hay y muchos. La otra, irse directamente a las fuentes del conocimiento, es decir, releer lo que escribieron los contemporáneos de los hechos que queremos conocer de primera mano. Es lo que pretendo desde ahora y procuraré transmitirlo, copiarlo, a los lectores. Permítanme éstos que lo primero que haga, en un tiempo en el que parece que sea de buen efecto menospreciar a la patria que nos dio cuna y cobijo, es traer a colación los primeros elogios que hizo de ella uno de los fundadores de la historiografía española, el hispanogodo san Isidoro allá en el siglo VI.

1. ¡Oh España, madre sagrada y siempre feliz de príncipes y de pueblos! Eres la más hermosa de todas las tierras, habitadas y por habitar, desde Occidente hasta las Indias. Con todo derecho eres ahora la reina de todas las provincias, luminaria de la que se benefician tanto el Oriente como el Ocaso. Tú eres el encanto y el ornamento de todo el orbe, la parte más ilustre de la tierra [...].

2. Con gran indulgencia, aunque merecidamente, te enriqueció la naturaleza con notable abundancia de todo tipo de bienes. Eres rica en frutos, copiosa en uvas, alegre en cosechas; te vistes de mieses, los olivos te ofrecen sus sombras, y las vides te sirven como vestido. Tus campos están llenos de flores, tus montes te hacen frondosa, y tus costas abundan en peces. Estás situada en la zona más agradable del mundo; gracias a ello, ni te abrasa el ardor del sol tropical, ni te agarrota el rigor de los hielos glaciales, sino que abrazada por la zona más templada del cielo, te nutres de felices céfiros. Porque, efectivamente, tú haces posible la fecundidad de los campos, el precioso valor de las minas, y cuanto de hermoso tienen los seres vivientes.[....] Tú eres feracísima gracias a tus caudalosos ríos, los

torrentes que arrastran pepitas de oro te visten de color amarillo, posees la fuente que engendra la mejor caballería [...].

4. Además, eres rica en hijos, en piedras preciosas y en púrpura; por otra parte, a tu gran fecundidad deben su existencia numerosos talentos y gobernantes de imperios, eres opulenta para encumbrar príncipes y feliz a la hora de parirlos. [...]

ANTONOMASIA.

José Ignacio de Arana.

Del latín *antonomasia*, y éste del griego ἀντωνομασία, “en lugar del nombre” es una sinécdoque que consiste en poner el nombre apelativo por el propio, o el propio por el apelativo; por ejemplo, el Apóstol, por San Pablo; un Nerón, por un hombre cruel. Es más frecuente utilizar la locución adverbial “por antonomasia”, de la que DRAE dice que “denota que a una persona o cosa le conviene el nombre apelativo con que se la designa, por ser, entre todas las de su clase, la más importante, conocida o característica.”

Hace unas semanas Fernando G. Delgado, en una columna de este Laboratorio, comentaba los diferentes sentidos, en español y en inglés, de las palabras *operación* e *intervención* destacando que la primera es entendida siempre como “operación quirúrgica”. Por tanto, este podría ser un ejemplo de antonomasia utilizada en nuestra jerga médica y en la que ha pasado al lenguaje popular, tan trufado de terminología médica como hemos referido tantas veces. Algo parecido podría decirse de infarto. Procedente del latín *infartus*, participio pasivo de *infarcio*, rellenar, tiene en medicina dos significados emparentados pero diferentes. Por un lado, y con un origen más antiguo aunque ahora bastante en desuso, es “el aumento de tamaño de un órgano enfermo”, y de este modo hablamos de “infarto ganglionar” para referirnos a una adenopatía. Por otro, mucho más utilizado, es la “necrosis de un órgano o parte de él por falta de riego sanguíneo debida a obstrucción de la arteria correspondiente y la ausencia de circulación colateral compensadora”. Así pues, muchos órganos y porciones de la anatomía pueden sufrir un infarto, pero el infarto por antonomasia, el que no necesita más calificativos para que todo el mundo lo entienda, es el de miocardio. Similar a esto es el caso de la palabra doctor. En realidad, tal apelativo corresponde a cualquier persona que ha recibido el más alto grado académico universitario, y por su etimología equivale a sabio en una materia. Pero los médicos, ya tengan esa titulación académica o sean sólo licenciados en medicina, son llamados, por antonomasia, doctores, algo que encocora a más de un titulado superior de otras profesiones pero que, sin embargo, el lenguaje común acepta sin ningún remilgo y así lo recoge hasta el Diccionario de la RAE. Hoy día la proliferación desaforada de los “máster” postuniversitarios quizá haya desvirtuado un tanto ese grado de doctor, pero los médicos lo seguiremos teniendo a gala de nuestro oficio.

VIEJAS IDEAS DE TERATOLOGÍA. (I)

José Ignacio de Arana.

Los relatos mitológicos de todas las culturas están repletos de descripciones sobre seres mezcla de humano y animal: esfinges, arpías, lumias, centauros, minotauros, sirenas, nereidas o tritones pueblan las páginas de la mitología y sus imágenes se representan en infinidad de obras de arte. Otras veces los seres monstruosos muestran anomalías disparatadas dentro de las características propiamente humanas: cíclopes, diosas con seis u ocho brazos, dioses con dos cabezas o con un rostro a cada lado como Jano, orejudos que todo lo escuchan, mujeres con una docena de pechos, etc. Me he referido a todos ellos como monstruos pero no debe tomarse aquí este apelativo con un significado repulsivo sino sólo en sentido etimológico. La palabra monstruo deriva del verbo latino *monere*, advertir, y ya san Isidoro de Sevilla en su célebre obra *Etimologías* destaca este origen para decir a continuación que el nacimiento de monstruos es una advertencia de la cólera divina contra los hombres.

El origen de tales seres habría que buscarlo en el fondo del inconsciente colectivo. No serían más que la materialización de ciertos conceptos que todos los hombres poseemos incardinados en lo profundo de nuestra mente y que no pueden representarse si no es mediante símbolos: la capacidad genésica, la fuerza, la sabiduría, la posibilidad siempre soñada por el hombre de volar... Para representar de forma "visible" estos arquetipos nacieron muchos de aquellos seres que aunaban a su condición humana ciertas características de los animales que mejor significaban las cualidades que le faltaban al hombre. Naturalmente, esas quimeras -quimera era otro ser híbrido de varios animales, esta vez sin participación humana, pero su nombre ha quedado como definitorio de todos- habrían de ser fruto de la unión entre un humano y una divinidad o, cuando menos, algún elemento divino habría tenido que intervenir en su procreación. Homero, en su *Odisea*, nos describe a varios seres monstruosos. Los más famosos son las sirenas, aunque las "auténticas" sirenas, según la mitología griega, eran mujeres con cuerpo de ave; las que aparecen en la *Odisea*, con cuerpo de pez, corresponden en realidad al tipo de las nereidas, hermanas de los tritones e hijos todos ellos de Nereo y de Doris la Oceánida según nos narra Hesíodo en su *Teogonía*. El otro personaje con quien se las tiene que ver Ulises es Polifemo, un cíclope, individuo de estatura colosal y un solo ojo en mitad de la frente, hijo nada menos que del Cielo y de la Tierra.

VIEJAS IDEAS DE TERATOLOGÍA. (II)

José Ignacio de Arana.

Sin abandonar la literatura y la mitología griegas tenemos al geógrafo Estrabón para quien era cosa cierta que en Africa, de la que él sólo conoció personalmente las costas egipcias, existían hombres *unípodés*, dotados de un solo pie de gran tamaño que además de para caminar les servía también para protegerse del sol levantando la pierna y utilizando su extremidad como sombrilla. También señalaba la existencia de *cinocéfalos*, hombres y mujeres con cabeza de perro, y de *panóticos*, poseedores de unas enormes orejas que los asemejaban a elefantes.

La naturaleza, de vez en cuando, nos sorprende con la aparición de un ser absolutamente real con características que rompen por completo los cánones de la figura humana. La primera interrogación que se han hecho siempre ante el nacimiento de una criatura monstruosa o gravemente deforme ha sido, naturalmente, ¿por qué? Una primera explicación se creyó encontrar en que los monstruos fueran el fruto de la unión carnal entre una mujer y un animal o entre uno de éstos y un hombre. Por su capacidad reconocida para adoptar cualquier figura animal, y especialmente la de macho cabrío, muchas veces habría sido el mismísimo demonio quien se acoplase en forma de incubo con una mujer o de súcubo con un hombre. Otra idea explicaba que era la fantasía de la mujer, en el momento de ser fecundada o durante el embarazo, la que modificaría la estructura del hijo. Así, el padre Feijóo, sobre el que hemos de volver en otros artículos, refiere el caso de una mujer que habiendo pensado en un hombre negro parió un hijo mulato; y el sabio monje comenta que sin duda se trataba de una artimaña para ocultar al marido y al resto de la familia una relación adulterina con un negro no imaginado sino muy de carne y hueso. Una forma menor de esta creencia la tenemos todavía vigente en muchas mujeres de nuestros días: los *antojos*.

En la antigüedad se consideraban como muy peligrosas las relaciones sexuales durante el período menstrual. El *Levítico* contiene numerosas advertencias. Lo mismo vino a decir el romano Plinio; haciendo un juego de palabras habló de la sangre menstrual como de *magis monstrificum*. El cirujano Ambrosio Paré estableció en su obra *Monstruos y Prodigios* (París, 1585) hasta trece causas posibles de las malformaciones fetales. Junto con las descritas habría que tener en cuenta la corrupción del semen masculino, su defecto o su exceso, las deformidades en el útero materno, la conjunción astral en el momento de la cópula, etc.

EL PADRE FEIJÓO Y SUS PECULIARES IDEAS MÉDICAS. (I)

José Ignacio de Arana.

En España se ocuparon de los monstruos algunos médicos, pero fueron hombres de iglesia quienes lo hicieron con mayor detenimiento y sus opiniones tuvieron una gran importancia en el pensamiento científico de su tiempo y, sobre todo, en la mentalidad de las gentes sin específica instrucción médica. El más destacado es el padre Benito Jerónimo Feijóo (1676-1764), monje benedictino que vivió en el monasterio de Samos en la provincia de Lugo. Gregorio Marañón le dedicó uno de sus ensayos biográficos, *Las ideas biológicas del padre Feijóo*. Escribió sobre casi todos los asuntos humanos y divinos con una erudición y un rigor científico encomiables para cualquier individuo de su siglo y mucho más para alguien que había profesado en el monasterio a una edad muy temprana y que tenía sólo referencias indirectas de todos los asuntos a los que luego aplicaba su raciocinio.

Entre los que apasionaron a Feijóo se cuenta la teratología. Pero en este campo el raciocinio del monje no está a la altura de la mayor parte de su obra y comete errores que en su tiempo eran comunes incluso entre hombres de ciencia. Un caso que preocupó especialmente a Feijóo fue el de un niño nacido con dos cabezas, en realidad una pareja de siameses, hecho ocurrido en la población gaditana de Medina Sidonia. Narra también el caso de una criatura humana hallada en el vientre de una cabra, un prodigio ocurrido en el pueblo toledano de Fernán Caballero. Feijóo creía firmemente en la posibilidad de unión carnal entre seres humanos y animales y en el consiguiente riesgo de engendrar monstruos y por tanto, escribe que sin duda aquel ser era fruto de un acto de bestialismo. Como es natural, se trataba nada más que de un feto malformado de cabra. En otra ocasión nos habla de mujeres ponedoras de huevos, como las gallinas, aunque entonces tiene un rasgo propio de su inteligencia y advierte que no son tales huevos sino formaciones patológicas -lo que en medicina se denomina mola hidatiforme- que simulan aquéllos. También cita el nacimiento de un monstruo acéfalo, una criatura sin cabeza; podemos suponer que fuese un feto anencéfalo. Y podemos citar la referencia que hace Feijóo a una mujer, molinera en Turingia, que parió una niña “que estaba embarazada de otra niña” muriendo ambas al poco tiempo. La teratología moderna describe algún caso seguramente similar tratándose de hermanos gemelos en cuyo desarrollo embrionario más primitivo uno de los embriones queda incluido en la masa orgánica del otro.

EL PADRE FEIJÓO Y SUS PECULIARES IDEAS MÉDICAS. (y II)

José Ignacio de Arana.

Con todo, el caso de criatura monstruosa que más interesó al padre Feijóo y al que dedicó muchas páginas de su *Teatro Crítico* fue el del célebre hombre pez de Liérganes; incluso escribió un discurso monográfico que tituló *Examen filosófico de un peregrino suceso de estos tiempos*. Gregorio Marañón resume así el caso: "El famoso anfibio mostró desde niño afición singular a bañarse en el río, adquiriendo gran habilidad en el arte de la natación y extraordinaria resistencia para sumergirse en el agua. Estando en Bilbao fue una tarde a bañarse en la ría, pero no volvió a la orilla por lo que se le dio por ahogado. Cinco años después, en 1669, unos pescadores del mar de Cádiz vieron a un ser humano que nadaba sobre las aguas y a su voluntad se sumergía en ellas. Lograron traerlo a tierra y lleváronle al convento de San Francisco para conjurarle por si estaba poseído por el demonio, sin el menor resultado. Pero lograron que pronunciase una palabra, "Liérganes". Un fraile condujo al mudo a la Montaña siendo al punto identificado por su madre y por sus hermanos. Nueve años vivió el hombre-pez en su lugar, siempre con el entendimiento turbado de manera que nada le inmutaba ni tampoco hablaba más que, algunas veces, las palabras tabaco, pan y vino. Llevaba recados, y cuando tenía que ir a Santander solía echarse al agua y atravesar a nado el ancho brazo de mar. Al cabo de este tiempo desapareció y nadie supo más de él. Marañón dirime la cuestión estableciendo que el hombre-pez de Liérganes era sin duda un afectado de hipotiroidismo congénito, que se manifiesta con retraso mental, piel áspera y también con una especial tolerancia a la falta de oxígeno lo que justificaría su resistencia en caso de inmersión bajo el agua.

Feijóo dice que se conocían otros varios casos sucedidos en su época. El precedente más famoso es el del Pesce Cola, o Pege Nicolao, o Pez Nicolás. Este personaje figura en las tradiciones medievales italianas y a él se refiere incluso Cervantes en el Quijote durante una conversación mantenida por el hidalgo en la casa del Caballero del Verde Gabán. Parece que fue un hombre dedicado a la pesca submarina de ostras perlíferas y de coral que llegó a tal extremo de compenetración con las aguas del mar que se sentía enfermo y hasta se asfixiaba si permanecía mucho tiempo fuera de ellas.

ACATISIA.

José Ignacio de Arana.

La **acatisia** es un término acuñado en 1901 por el médico neuropsiquiatra checo Ladislav Haskovec (1866-1944) que define la incapacidad del paciente para permanecer sentado (procede del griego *ἀ*, “no” y *καθίζω*, “sentarse”) o de pie sin moverse; el enfermo tiene la necesidad imperiosa y extraordinariamente molesta de mover constantemente las extremidades superiores o inferiores. Es un proceso que aparece frecuentemente como efecto secundario del tratamiento con ciertos neurolépticos o con la medicación antiparkinsoniana. Sin embargo, también puede ser una enfermedad primaria de los finos centros que en el cerebro controlan el equilibrio motor. Tal debía de ser el caso del sujeto que describió, a mediados del siglo XIX, Trousseau: se trataba de un criado de la corte del emperador Napoleón III de Francia que, incluso en las circunstancias más inconvenientes, como en presencia del monarca, tenía que ponerse a dar paseos por la estancia cada pocos momentos ante la mirada desaprobatoria de todos los demás asistentes al acto.

Todos conocemos alguna persona que, sin que seguramente padezca la enfermedad, está en constante movimiento, “no puede parar quieta”, ni permanecer sentada más de unos minutos. Incluso el lenguaje popular ha creado una expresión muy gráfica, “culo inquieto”, para describir a estos individuos. Suelen alterar el buen funcionamiento de cualquier reunión, sea ésta social, laboral o meramente amistosa. Pero de un tiempo, ya largo, a esta parte, parece que lo de andar por andar se ha convertido en un hábito para una gran cantidad de personas. Un hábito saludable, desde luego, y esa virtud salutífera es la primera que aducen quienes dedican unas horas al día, a veces incluso de madrugada o de muy anochecida por imperativo de horarios laborales, a caminar. “Quien mueve las piernas mueve el corazón”, reza un adagio de fisiología macarrónica pero universalmente aceptado. Caminar sin rumbo determinado hubiese parecido un sinsentido hace dos o tres generaciones; hoy es una obligación que nos imponemos voluntariamente si no nos la ha prescrito el médico como parte fundamental de un buen número de tratamientos. Y estoy refiriéndome a andar, a moverse a un ritmo de paso que los expertos cuantifican diciendo “que se pueda hablar, pero no cantar”. Otra cosa, que ya entra en la categoría de la vigorexia, son esas personas que nos adelantan corriendo, jadeantes, medio extenuadas, a un punto de sufrir una alferecía; exageran probablemente. Ni acatisia ni galopada: pasito a paso se hacen camino y salud.

LA RED.

José Ignacio de Arana.

Don Santiago Ramón y Cajal fue un personaje extraordinario en muchos aspectos. En este Laboratorio del Lenguaje creo que hemos comentado alguna vez sus creaciones literarias: *Mi infancia y juventud*, *La vida vista a los ochenta años*, *Charlas de café*, etcétera; son obras que merecen ser leídas por cualquiera que tenga gusto por la literatura pues pertenecen por derecho propio a un escritor de la llamada Generación del 98 hoy tan olvidada y hasta en muchos casos denostada en nuestra patria, cuando vivimos momentos muy parecidos a los que envuelven las biografías y modulan el pensamiento de aquellos hombres. Cajal innovó la fotografía y no sólo la científica sino también la paisajística como se pudo comprobar en una exposición antológica realizada hace no muchos años. Dibujaba con sentido artístico y primor, lo que le valió de mucho en su carrera docente y aún nos maravilla en las ilustraciones de sus libros de histología. Fue un referente ético y profesional en una época de España y de Europa en la que la sociedad seguía los ejemplos de las personalidades egregias.

Pero la mayor fama la alcanzó con sus estudios histológicos sobre el sistema nervioso central, iniciados en las últimas décadas del siglo XIX y que le llevaron a la obtención de todos los más prestigiosos premios científicos mundiales y por fin al premio Nobel de Medicina en 1906, galardón que compartió, como es sabido, con el italiano Camilo Golgi cuyas técnicas de tinción había utilizado, y mejorado, el español. Y ¿por qué se le concedieron esos galardones y ese universal reconocimiento? La respuesta la conoce cualquier lector de este Laboratorio. Por sus estudios que demostraron la llamada “teoría neuronal” frente a la hasta entonces mantenida “teoría reticular”. El sistema nervioso, el meollo de nuestra existencia, está formado por **unidades** celulares individuales que se conectan entre sí, pero de ninguna manera es una red sino que cada célula tiene su “personalidad”. ¿Qué diría Cajal de que hoy una gran cantidad de los individuos de la sociedad tengan como deseo integrarse en una “red social”, donde las personalidades se diluyen, o directamente hasta se esconden bajo rasgos que llaman “perfiles”, redes con un innegable poder de comunicación por la inmediatez y la ubicuidad que proporciona la tecnología informática, pero que difuminan hasta el anonimato a sus miembros? Quizá le gustaran, las utilizara y escribiera un libro que titularía, claro, *Charlas de internet*.

SANTIAGO LORÉN.

José Ignacio de Arana.

Todos los que dedicamos una parte al menos de nuestra actividad a escribir y, con mucha suerte, conseguimos publicar, sabemos que la descatalogación de nuestras obras por las editoriales equivale a una especie de muerte civil. Los libros, por buenos que sean, ya sólo se encontrarán, si acaso, en tiendas de lance o ferias de ocasión. Ojalá las grandes bibliotecas virtuales que van naciendo en internet acudan al rescate de tanta magnífica literatura hoy olvidada. Ésta es la lamentable situación en la que se halla la obra literaria del médico escritor español que traigo hoy a esta página: Santiago Lorén Esteban (Belchite, 1918; Zaragoza, 2010).

De su Belchite natal Lorén fue a vivir a Zaragoza cuando tenía 7 años. Desde muy pequeño fue un gran lector gracias a sus tíos y sobre todo a su abuelo materno. Solía explicar que se formó leyendo en la biblioteca de la UGT de la capital aragonesa. En 1936 fue llamado a filas y destinado a Sanidad. Él mismo relató su experiencia describiendo el estado de los heridos procedentes del frente de Teruel, con sus extremidades congeladas y con la necesidad de ser amputadas. Al terminar la guerra decidió estudiar Medicina y la terminó con premio extraordinario en Zaragoza. Luego se especializó en ginecología. Fue profesor de Historia de la Medicina en la Universidad de Zaragoza, presidió el Colegio de Médicos de esta ciudad y fue director gerente de la Maternidad en el Hospital Provincial.

Su faceta periodística le llevó a ser director de la edición aragonesa del diario *Pueblo* y articulista en diferentes medios: *La Codorniz*, *Heraldo* y *El Periódico de Aragón*. Como escritor ganó la segunda edición del Premio Planeta en 1953 con la novela de corte realista *Una casa con goteras*, centrada en la zona de Calatayud, donde trabajaba como ginecólogo. Entre sus obras literarias, sobresalen además *La vieja del molino de aceite* (premio Ateneo de Sevilla, 1984); *Memoria parcial* (premio Espejo de España, 1985); y *Hospital de guerra* (premio Ciudad de Teruel, 1982). Se adentró en el ensayo (*Del electrón a dios*, *La frigidez como problema*), el cuento (*Diálogos con mi enfermera*, *La Rebotica*, *La muerte vil*), el teatro (*Un muerto para empezar*) o el guión radiofónico (*Diálogos con mi asistente*). Fue guionista y asesor de las series televisivas sobre Santiago Ramón y Cajal y Miguel Servet. Perteneció como miembro a la Sociedad Española de Médicos Escritores.

EL MÉDICO FRANKENSTEIN.

José Ignacio de Arana.

En pleno Romanticismo, cierta noche tormentosa se reunieron en Ginebra cuatro singulares personajes: Percy Shelley, su esposa Mary, lord Byron y Polidori; los cuatro eran poetas; los cuatro figuran entre los más insignes representantes de la lírica romántica. Como la noche no daba para más, propusieron un entretenimiento que entre escritores no podía ser de otro tipo que literario: cada uno escribiría, en el plazo de esa sola noche, un relato y al día siguiente se leerían todos otorgándose un premio simbólico. La única condición previa de la obra era que tratase del poder y de los límites de la ciencia; hay que tener en cuenta que en aquella época la ciencia se había convertido en Europa en una nueva religión. En aquel certamen triunfaron por la mañana Mary Shelley y Polidori. La primera escribió un relato sobre un médico que lograba restaurar la vida en un ser hecho con retazos de cadáveres humanos: su nombre era Dr. Frankenstein o el *nuevo Prometeo*. Polidori, por su parte, creó otro personaje destinado dar mucho juego literario: el vampiro humano que revive cada noche de su tumba para chupar la sangre de las personas.

Fijémonos sólo en el personaje salido de la mente de la dulce y rubia Mary Shelley: Frankenstein. Éste, como se sabe, es el nombre del médico y no el del monstruo como equivocadamente suele creer el público. En realidad el Dr. Frankenstein, tal y como fue creado por la escritora, es un símbolo del poder benéfico de la ciencia y no del maligno que le han atribuido las versiones posteriores. Su interés era el mismo que ya mostró el mítico Esculapio y que le costó ser castigado por Zeus: resucitar a los muertos; si lo miramos bien, es algo que bulle sumergido en el ánimo de todos los médicos desde que el mundo es mundo.

El mito de Frankenstein, en su acepción beneficiosa, pervive quizá sin que nos demos cuenta en algunos de los más modernos avances de la medicina actual. Por ejemplo en el trasplante de órganos vitales como el corazón o en la fecundación in vitro. Es cierto que en ningún caso el médico da la vida, pero también lo es que anda muy cerca de ello y que para algunas mentes podría figurarse un nuevo Frankenstein quien es capaz en un momento dado de hacer latir y cumplir su función al corazón de un cadáver o de dar la señal de salida para la génesis de un nuevo ser a partir de un óvulo y un espermatozoide contenidos en un frasco de laboratorio.

EL OMBLIGO, FOCO DE ATENCION.

José Ignacio de Arana.

Esa minúscula porción de la morfología externa humana que es la cicatriz umbilical ha suscitado siempre el interés desde tres puntos de vista: anatómico, antropológico y estético. A las pocas semanas del nacimiento del complejo sistema de relación madre-hijo no quedará más que una cicatriz en el abdomen. El ombligo no es una marca más de nacimiento: es la marca por excelencia, el vestigio perdurable de que todos provenimos de otro. En el ejercicio intelectual de descender por nuestro árbol genealógico buscando sus raíces llegaríamos a un punto donde nos habría de sorprender algo anómalo: Adán y Eva no tendrían ombligo; claro, ni uno ni otro nacieron de mujer. Pero está tan imbuida en nuestro inconsciente esa señal, que incluso Miguel Ángel, en la representación de la Creación en la Capilla Sixtina, pinta a nuestro primer padre con ombligo.

Locuciones como “ser el cordón umbilical” entre una situación cualquiera y su precedente son expresiones muy corrientes. Varias ciudades de la antigüedad compartieron el privilegio de ser consideradas, en palabra griega, *omphalós*, esto es, ombligo del mundo, pero no por ser centro de imperios poderosos y dominadores sino por residir en ellas, de forma misteriosa, la condición de puntos de encuentro entre el mundo visible y el invisible, entre el hombre y los poderes del cielo o de las entrañas de la tierra: Delfos, Jerusalén o Menfis.

El dato más importante en el aspecto artístico proviene precisamente de esa condición de centro que se ha otorgado al ombligo; ya no se trata de un centro de orden místico o metafísico sino de un centro puramente físico o de equilibrio.

De un tiempo acá el ombligo ha adquirido un espectacular protagonismo: el más puramente estético o, para ser más exactos, el de signo de erotismo. Últimamente el ombligo ha ido escalando cotas cada vez más altas entre los reclamos eróticos. En los años 50 del siglo XX el biquini supuso una revolución que conmocionó a toda la opinión pública y modificó muchos patrones de conducta sexual. Y, sin embargo, sólo destapó el ombligo de las mujeres. El ombligo reina triunfante en la moda juvenil de nuestros días, y no hay muchachita que no lo luzca en las cuatro estaciones; y lo adornará si es necesario con tatuajes, lo perforará con *piercings*, que griten a los ojos de los otros su papel de punto de entrada.

CLONACIÓN.

José Ignacio de Arana.

Pocas cuestiones científicas habrán tenido tanta difusión entre la población general como ésta de la clonación. Libros de ciencia-ficción o el cine se ocuparon de ella con detalles mágicos o estrambóticas visiones de vida extraterrestre cuando la ciencia aún lo tenía entre los asuntos pendientes por dos condiciones fundamentales: La capacidad técnica para llevarla a efecto y la controversia deontológica. Superadas, de una forma u otra, ambas dificultades, la biológica y la moral, en el año 1996, dos científicos del Instituto Roslin de Edimburgo, Ian Wilmut y Keith Campbell, lograron la clonación de un mamífero, la que fue celeberrima oveja Dolly. Su aparición llenó primeras planas de la prensa y abrió programas televisivos de todo tipo, desde los de mera divulgación científica a los de escandalosas y variopintas diatribas sobre todo lo divino y humano. La ovejita estaba ahí para demostrar que era posible la existencia de dos seres vivos idénticos. Luego vino la realidad con la rebaja y el pobre animalillo sufrió, entre el curioso silencio de los acérrimos y por lo común vocingleros defensores de los derechos animales, toda una suerte de vicisitudes de salud que obligaron a su sacrificio.

La palabra clon, del griego *κλών* “retoño, rama” se define como “conjunto de células u organismos genéticamente idénticos, originado por reproducción asexual a partir de una única célula u organismo o por división artificial de estados embrionarios iniciales”. El primer clon, según esta definición académica, habría sido, con todos los matices que se le quieran añadir, nuestra primigenia madre Eva. Más no se puede uno remontar en la historia para demostrar que esto de la clonación no es nada nuevo. Pero, en fin, sin meternos en cuestiones que nos llevarían por derivadas ahora no oportunas, el caso de los gemelos monocigóticos, nada fuera de lo natural aunque sí de lo frecuente, sería más que cualificado para conceder veteranía a la existencia de individuos idénticos, desde el punto de vista exclusivamente biológico, claro, porque luego en la configuración de un sujeto intervienen otros muchos factores: ambientales, sanitarios, dietéticos, educativos, etc. Es precisamente este cúmulo de factores añadidos lo que concede, al ser humano por lo menos, la auténtica individualidad sin que neguemos nosotros, médicos, la influencia de la carga genética. La clonación es un campo de estudio interesante y seguramente fructífero, pero tampoco se ha de convertir en un arma arrojada entre ideologías.

GÉNERO EPISTOLAR.

José Ignacio de Arana.

La comunicación escrita entre unas personas y otras es uno de los avances más importantes de la humanidad, semejante a la consecución del fuego o a la llamada revolución del Neolítico con la aparición de la agricultura y la ganadería. Logró la ruptura de uno de los obstáculos naturales que se oponían al desarrollo humano: el espacio, la distancia. Dentro de las numerosas trayectorias que tomó este tipo de comunicación, me interesa destacar ahora la de vínculo personal entre individuos, lo que se ha denominado siempre con la palabra “carta”, cuyo contenido y destino puede ser desde el amoroso al insulto desafiante, pasando por el más habitual de asunto mercantil. Este tipo de comunicación ha ido, como es natural, evolucionando con los tiempos, pero llegó a constituir todo un estilo de utilización del lenguaje al que se llamó “género epistolar” y en el que, como siempre sucede en cuanto se refiere al uso de la lengua, ha habido maestros, deslucidas nulidades y ramplones usuarios. Entre los primeros podemos contar a famosos escritores que han llegado a construir obras literarias completas basadas en este estilo: El conjunto de las *Epístolas apostólicas*, con las de san Pablo a la cabeza; fray Antonio de Guevara y sus *Epístolas familiares*; Montesquieu hizo crítica socio-política en sus *Cartas persas*, algo que el español José de Cadalso imitó en sus *Cartas marruecas*; Bécquer escribió *Cartas desde mi celda*; Valera, *Pepita Jiménez*; Cela, *Pabellón de reposo*...

Si antes he dicho que con la escritura se derribaba la barrera del espacio, aún quedaba otra de más difícil ruptura: la del tiempo. Era necesario acortar el tiempo que tardaba en llegar la comunicación; había que lograr incluso la inmediatez. Y a este intento se han dirigido desde instituciones tan legendarias como los correos renacentistas creados por la familia alemana von Taxis o la *Pony express* del oeste norteamericano, como la sofisticada tecnología de las últimas décadas que ha sido la que por fin parece haberlo conseguido. Internet, otra de las mayores revoluciones de la historia, a través del llamado “correo electrónico” y de sus distintas variedades (“redes sociales”, *whatsapp*, etc.) hace que podamos comunicarnos instantáneamente con cualquier persona alrededor del mundo. Pero por el camino se ha quedado hecho jirones el buen lenguaje. La extrema concisión, el abuso de abreviaturas y otros signos; las prisas, en suma, amenazan con expulsar la corrección lingüística de la comunicación escrita interpersonal. Si una idea se puede

expresar en 140 caracteres, ¿por qué no hacerlo en 120?, ¿y en 80? Así llegaremos a dirigirnos unos a otros como seguramente hacían verbalmente los pintores de Altamira.

LA PESTE, DESCRITA POR BOCACCIO.

José Ignacio de Arana.

Un médico que asistiera a una catástrofe sanitaria como fue la aparición en Europa de la *peste negra* y quisiera describir la situación vivida por la población de una gran ciudad, o un periodista de los llamados “corresponsales especiales” enviado allí con la misma misión, no lo harían con la viveza y el lenguaje, efectista y elegante, que utiliza Bocaccio en el *Proemio* de su *Decamerón*. Veámoslo.

“Digo que ya habían los años de la Encarnación del Hijo de Dios llegado al número de mil trescientos cuarenta y ocho cuando a la ciudad de Florencia llegó la mortífera peste (...). Y no era como en Oriente, donde a quien salía sangre de la nariz le era manifiesto signo de muerte inevitable, sino que en su comienzo nacían a los varones y a las hembras semejantemente en las ingles o bajo las axilas, ciertas hinchazones que algunas crecían hasta el tamaño de una manzana y otras de un huevo, que eran llamadas bubas por el pueblo. Y de las dos dichas partes del cuerpo, en poco espacio de tiempo empezó la pestífera buba a extenderse a cualquiera de sus partes indiferentemente, e inmediatamente comenzó la calidad de la dicha enfermedad a cambiarse en manchas negras o lívidas que aparecían a muchos en los brazos y por los muslos y en cualquier parte del cuerpo, a unos grandes y raras y a otros menudas y abundantes. (...) Y para curar tal enfermedad no parecía que valiese ni aprovechase consejo de médico o virtud de medicina alguna; así, o porque la naturaleza del mal no lo sufriese o porque la ignorancia de quienes lo medicaban (de los cuales, más allá de los entendidos había proliferado grandísimamente el número tanto de hombres como de mujeres que nunca habían tenido ningún conocimiento de medicina) no supiese por qué era movido y por consiguiente no tomase el debido remedio. (...) Esta peste cobró una gran fuerza; los enfermos la transmitían a los sanos al relacionarse con ellos, como ocurre con el fuego a las ramas secas cuando se les acerca mucho. (...) Casi todos tendían a un único fin: apartarse y huir de los enfermos y de sus cosas. Algunos pensaban que vivir moderadamente y guardarse de todo lo superfluo ayudaba a resistir tan grave calamidad, y reuniéndose en grupos, vivían alejados de los demás, recogiendo en sus casas, recluyéndose y disfrutando de la música y otros sensatos placeres. Otros, de parecer contrario, pensaban que gozar, beber mucho y vivir solazándose, satisfaciendo todos los apetitos, riendo y mofándose, era la medicina precisa contra el mal.(...) Cada ciudadano rechazaba al otro y casi ningún vecino se preocupaba de

los demás y la propia familia no se visitaba.(...) El hermano abandonaba al hermano, la hermana al hermano, y a menudo la mujer al marido; y, lo que es más grave y casi increíble, los padres y las madres procuraban no visitar ni atender a los hijos, como si no fuesen suyos.(...) A la vista de la cantidad de cadáveres que día a día y casi hora a hora eran trasladados, debían colocarse en el cementerio de los templos, que estaban llenos de fosas grandísimas donde colocaban a centenares de los recién llegados tirándolos como mercancías.(...) Unos cien mil seres humanos perecieron dentro de los muros de la ciudad. (...) ¡Cuántos hombres valerosos, y bellas mujeres, y bizarros jóvenes que Galeno, Hipócrates y Esculapio hubiesen juzgado rebosantes de su salud, desayunaron por la mañana con sus familiares y amigos, para a la noche siguiente cenar con sus antepasados!"

EL LENGUAJE DE LOS MUDOS.

José Ignacio de Arana.

La sordomudez ha sido un defecto físico conocido y lamentado desde la más remota antigüedad y para el que durante miles de años no se conocía ninguna solución. Es debido a la falta de capacidad auditiva desde el nacimiento o desde la muy temprana niñez que impide el aprendizaje verbal. El destino vital de los sordomudos en un mundo lleno de sonidos y en el que una gran parte de las relaciones sociales se establecen mediante sonidos, principalmente a través de la palabra, era harto desgraciado.

En 1520 nació en Valladolid Pedro Ponce de León, quien ingresó en la orden benedictina en el monasterio de Sahagún. Fray Pedro desarrolló un método "para hacer hablar a los mudos" educando los sonidos que éstos podían emitir; incluso llegó a escribir un libro describiendo su sistema que se ha perdido. El Condestable de Castilla, Don Juan Velasco, que tenía a su hermano Pedro afectado de ese mal, quiso que el monje benedictino fuese preceptor de los jóvenes de su familia y para eso fray Pedro se trasladó al monasterio de San Salvador de Oña, en la provincia de Burgos, muy cerca de la población de Frías en donde los Velasco tenían su castillo familiar. Los alumnos de fray Pedro no sólo eran los hijos de las casas nobles sino que se ocupó de cualquier sordomudo que se acercase a su claustro sin importarle la extracción social. Y consiguió que aprendieran no sólo castellano sino también latín. El método de Ponce de León fue el primero del mundo y todavía sigue vigente, con pocas variaciones, en nuestros días.

Juan Bonet fue, un siglo después, secretario del Condestable de Castilla y con mucha probabilidad dispuso de los escritos del benedictino. En 1620 publicó un libro titulado *Reducción de las letras y arte para enseñar a hablar a los mudos*. El autor realiza un minucioso análisis de la pronunciación de cada fonema de la lengua castellana y del modo en que el alumno debe activar cada uno de sus órganos fonatorios. Asimismo se acompaña de un lenguaje con las manos que complementa el logrado con la voz. Como se ve, es prácticamente el sistema educativo que se sigue utilizando hoy día en los centros foniátricos del mundo. Sin embargo, la obra de Bonet quedó casi en el olvido hasta que fue descubierta a mediados del siglo XVIII por el francés L'Epée que había desarrollado un sistema de mímica y que pasa por ser el iniciador mundial de la enseñanza de los sordomudos.

LA LEPRO DESCRITA EN LA BIBLIA.

José Ignacio de Arana.

El *Levítico*, uno de los libros bíblicos que forman el *Pentateuco*, se atribuye a la autoría del mismo Moisés. Contiene innumerables normas de comportamiento para el pueblo judío en todos los aspectos de su vida, hasta los más nimios, la mayoría de las cuales continúan vigentes. A Moisés no se le conoce actividad como médico, aunque sí dotes taumátúrgicas, pero fuera él o fuese quienquiera que lo escribió, demuestra una sabiduría clínica notable. El redactor del *Levítico* manifiesta en estos capítulos poseer una gran experiencia médica y su lectura constituye un verdadero tratado de dermatología arcaica. En el aspecto médico los capítulos más interesantes del *Levítico* son el XIII y el XIV, dedicados por completo a la lepra. Apuntaré sólo algún detalle, recomendando la lectura del texto original completo.

Distingue, aunque metiendo todas en el mismo saco de lepra, lesiones como tumor, erupción, mancha, divieso, quemadura, tiña, eccema y ciertos tipos de calvicie. Cualquiera de estas lesiones obliga a quien la padece a presentarse ante los sacerdotes, que ejercían también labores de médico, para ser examinados. "Cuando alguno tenga en la piel un tumor, una pústula o mancha reluciente y se le forme en la piel una llaga (...), si los pelos de la parte afectada se han vuelto blancos y la llaga parece más profunda que el resto de la piel, entonces es lepra." En los casos de duda prescribe periodos de observación semanales. Si el diagnóstico era finalmente de lepra debía seguir la siguiente norma (*Lev. XIII. 45-46*): "El afectado por la lepra llevará los vestidos rasgados y desgredada la cabeza, se cubrirá hasta el bigote e irá gritando: ¡Impuro, impuro! Todo el tiempo que dure la llaga, quedará impuro. Es impuro y habitará solo; fuera del campamento tendrá su morada." Muchas de aquellas enfermedades, precisamente por no ser auténtica lepra, se curaban en más o menos tiempo. Y era también el sacerdote quien debía comprobar la curación. Si así lo hacía, el enfermo se rasuraba todo el pelo del cuerpo y de la cabeza y se lavaba entero en agua después de quemar toda su ropa: una norma de higiene sanitaria muy recomendable tras haber padecido infecciones dérmicas y cuando no existían antisépticos ni mucho menos detergentes. Luego, el sacerdote procedía a un rito de purificación en el curso del cual tocaba con aceite y con sangre de animales sacrificados el lóbulo de la oreja derecha, el pulgar de la mano derecha y el del pie derecho del individuo a purificar. La ceremonia finalizaba con el holocausto de un animal y la suelta de una tórtola.

JUEGOS DE LETRAS.

José Ignacio de Arana.

A veces los escritores se dejan llevar por la eutrapelia y dedican un tiempo y unas páginas a jugar con el lenguaje, su instrumento de trabajo. Cualquiera que se haya puesto frente a una hoja en blanco o ante el teclado del ordenador sabe que todas las letras son importantes y no suele entretenerse en el detalle de cuáles utiliza, imbuido como está en la ocupación de formar palabras y frases con sentido. Sin embargo, las letras, sobre todo algunas, son fundamentales en el lenguaje. Por ejemplo, las cinco vocales para una lengua como la española que tiene, afortunadamente, una escritura casi del todo fonética. ¿Se puede prescindir de alguna vocal al hablar o al escribir? Haga el lector la prueba con una frase sencilla y de uso común y evidenciará que es harto difícil. Pero algunos escritores han querido jugar logrando verdaderas obras maestras. Así Enrique Jardiel Poncela, uno de nuestros más estupendos comediógrafos del siglo XX (y, por cierto, enemigo acérrimo de los médicos a los que nos dedicó algunas puyas antológicas), injustamente postergado hoy día en el mundo teatral y, por tanto, en el conocimiento del público, escribió hasta dieciséis relatos, de varias páginas cada uno, sin utilizar una u otra vocal (*Un marido sin vocación*, sin la **e**; *El chófer nuevo*, sin la **a**). Alguno está incluido en un delicioso libro titulado *Para leer mientras sube el ascensor* formado, como su título sugiere, por brevísimos capítulos que permiten su lectura salteada, y también en *El libro del convaleciente*, una obra muy recomendable para regalar a cualquiera que esté enfermo porque seguro que su extraordinario humor ayuda a su convalecencia y a la curación. En *Ventanilla de cuentos corrientes* se recogen los dieciséis. Bastantes años antes nada menos que Rubén Darío había hecho todo lo contrario: publicó un relato titulado *Amar hasta fracasar* escrito utilizando sólo la vocal **a** que incluye hasta un poema. Luego han sido varios los autores menos conocidos que han desarrollado el mismo juego, bien por propia diversión o como método de enseñanza en escuelas de escritura literaria para obligar a los alumnos al esfuerzo mental de escarbar en el lenguaje para encontrar sinónimos que, además, no resulten disparatados ni de enrevesada comprensión para un lector medio. Desde luego se trata de una demostración de cómo el idioma, la palabra, puede utilizarse para la gimnasia mental, un ejercicio más necesario y beneficioso que la física.

TACOS Y PALABRAS MALSONANTES.

José Ignacio de Arana.

En español hay una palabra, “desahogo”, que vale, académicamente, por “manifestación violenta de un estado de ánimo” y también por “desembarazo, desenvoltura o descaró”. Las situaciones de la vida diaria en las que cualquier persona necesita un desahogo de la tensión sostenida en su quehacer son innumerables. Y pocas las que son capaces de reprimir esa pulsión cuando surge. Esas “manifestaciones violentas” tienen, como es natural, diversos grados y van desde el bufido al puñetazo sobre la mesa en sus formas más habituales y, por decirlo así, incruentas. Sin embargo, la manera más frecuente de desahogarse es la que utiliza el lenguaje. Son palabras o expresiones que coloquialmente se denominan precisamente “palabrotas”, con ese sufijo despectivo que ya nos avisa de que constituyen una degeneración del lenguaje al que pertenecen, aunque pueden ser correctísimas en su estricta formalidad lingüística. La costumbre de “soltar tacos” se considera una muestra de mala o escasa educación, pero lo cierto es que casi cualquier persona, y aquí se incluyen ambos sexos incluso con un cierto predominio actual entre las mujeres, dice alguna vez una de esas palabras que suelen aludir a temas escatológicos o sexuales. Una peculiaridad digna de atención, y probablemente de estudio filológico, es la consideración, en algunos países de nuestra lengua, como palabrotas de vocablos que para los españoles carecen absolutamente de ese tinte peyorativo. Es el caso del verbo coger y de la palabra madre en Argentina y en otros países hispanoamericanos. Coger allí vale por fornicar, dicho sea en la forma más fina posible; madre es en esas naciones tanto como prostituta, quizá como remembranza de la castellana Celestina a la que los otros personajes de la obra de Fernando de Rojas llaman madre repetidamente; de ahí que tantos hispanoamericanos adultos hablen de su “mamá”, algo que nosotros solemos interpretar como rescoldo de infantilismo. Los tacos son también utilizados por muchas personas como mera “muletilla” al hablar, es decir, como apoyo mental hasta encontrar la palabra adecuada para continuar su parlamento.

La pudibundez de gran parte de la sociedad, que no es sino una forma menor de hipocresía, ha creado un sinfín de palabras para evitar pronunciar la malsonante dando lugar a un curioso y divertido lenguaje muy popular: mecachis, cagüen, jolín, jopé, joé, caray, carape, corcho... No obstante, hoy día estas fórmulas están en progresivo desuso y los hablantes vuelven a preferir la rotundidad de las originales.

EL ASNO DE BURIDÁN.

José Ignacio de Arana.

Son muchas veces en la vida de una persona, y más si ésta se dedica a alguna actividad científica, en las que se encuentra dubitativa entre dos opciones de decisión que, al menos a priori, parecen igualmente válidas para resolver un problema. Esta duda en ocasiones es tan intensa que paraliza por completo al individuo y se pierde la oportunidad de hacer algo que era necesario. Algo parecido a lo de ese dicho español de *“el uno por el otro, la casa sin barrer.”* Los filósofos medievales, en especial los escolásticos, tan amigos de hacer juegos malabares con los conceptos o de retorcer los argumentos para estimular el debate intelectual prácticamente sobre cualquier cosa, extrajeron de esta situación un famoso argumento en forma de paradoja, ya traído a colación muchos siglos antes por Aristóteles, que se conoce como la historia del asno de Buridán. Jean Buridán (1300-1358) fue un teólogo francés, rector de la Sorbona, discípulo del gran filósofo Guillermo de Ockham y defensor del libre albedrío en una época en que esta cuestión era uno de los temas más candentes de la filosofía y, sobre todo, de la teología. A pesar de llevar su nombre, no se encuentra en toda la obra disponible de Buridán ni una sola referencia a este célebre animal. Fueron algunos de sus detractores quienes idearon una reducción al absurdo, acreditado método dialéctico, para satirizar esa defensa que él basaba en afirmar que el hombre es capaz de tomar cualquier decisión a través del uso de la libre razón. Esos enemigos filosóficos, imaginaron el caso de un asno que no sabe elegir entre dos montones de heno o, en otras versiones, entre un montón de avena y un cubo de agua equidistantes de él, y que a consecuencia de ello termina muriendo de hambre o de sed. El caso teórico y puramente especulativo hizo fortuna y en realidad es posible trasponerlo a muchas situaciones con las que nos enfrentamos en la vida diaria. La elección entre dos objetos de deseo o de necesidad, la toma de una decisión inapelable sobre algún tema importante para nosotros mismos o para alguien que depende vitalmente de nosotros... En cualquier caso, la primera consecuencia de esa indecisión es la pérdida de un tiempo muy valioso, algo ya de por sí negativo. ¿Tiene alguna forma de resolución este dilema en lo cotidiano? Pues sólo una que ya apuntaron los propios escolásticos: la decisión al azar, totalmente arbitraria, renunciando por un instante a la racionalidad. La historia de la ciencia está llena de

actos así; los malos resultados se han olvidado, afortunadamente; los buenos se han achacado a la genialidad del autor.

INSTRUCCIÓN Y EDUCACIÓN.

José Ignacio de Arana.

De un tiempo acá se repite en España, como una cantinela o un mantra, que actualmente contamos con la generación de jóvenes más preparados de nuestra historia. Y al decir “preparados” se quiere significar que han recibido una instrucción, especialmente científica y tecnológica, excepcional para los parámetros a los que está habituada nuestra población juvenil. Seguramente es verdad; no hay más que ver la aceptación que tienen nuestros licenciados en otros países a los que llegan, en una buena proporción, empujados por la falta de oportunidades que su patria les brinda para desarrollar esos conocimientos. Pero el argumento tiene un fallo en su concepción. Se confunden instrucción y educación. La primera es el caudal de conocimientos adquiridos y generalmente se refiere a un solo campo de los saberes accesibles a la persona. El médico sabe, o debería saber, de medicina, el ingeniero de ingeniería o el marino de náutica. Es un compartimento estanco, tan grande y heterogéneo como se quiera pero que suele permanecer impermeable a los demás; a veces hasta a los más vecinos y en apariencia emparentados. Estamos hartos de comprobar cómo un sujeto instruido profundamente en una materia ignora por completo asuntos de otras hasta el punto de hacer imposible un diálogo fluido, con lo que terminan por formarse grupos de conversación monotemática en cualquier reunión de individuos supuestamente cultos.

Precisamente, la educación, que el DRAE define, de manera un tanto pobre, como crianza, enseñanza y doctrina que se da a los niños y a los jóvenes, ha de consistir en el establecimiento de un sustrato común en el que puedan moverse todas las sucesivas construcciones del pensamiento. La instrucción corresponde a los grados superiores de la enseñanza; la educación, a la primaria y secundaria, donde se aprende lo que es fundamental. Y ahí radica el fallo al que me refería al principio. Nuestros jóvenes, y un buen puñado de los ya no tan jóvenes, adolecen de falta de una correcta y completa educación básica porque no se les dio en los centros de enseñanza de esos niveles iniciales. Se dirá por alguien que para un arquitecto, un informático o un médico qué importancia tiene el conocer los ríos de su país, haber leído y analizado los textos de sus escritores o debatido sobre los principios de la filosofía. Pues la tiene, claro; los cimientos de un edificio no se ven ni se piensa en ellos desde la azotea, pero sin ellos toda la estructura se tambalearía.

SENTIDO DEL HUMOR.

José Ignacio de Arana.

Se dice que el sentido común es el menos común de los sentidos, pero yo pondría en un grado todavía inferior al sentido del humor; al menos en España donde, como es natural, nos toca lidiar más a menudo con nuestros semejantes. La palabra envidia, y su significado, exige en el idioma español una peliaguda matización en su uso. Si envidia como tal es la tristeza o pesar del bien ajeno y, por tanto, un sentimiento censurable, en nuestra lengua es también, como recoge el DRAE, “emulación, deseo de algo que no se posee”, en este caso sin ninguna connotación de reconcomio porque otro tenga el bien, material o no, que deseamos. Por lo difícil a veces de hacer este distinguo en la conversación, solemos adjetivar la segunda de las acepciones como “sana envidia” y todos los hispanohablantes nos entienden. Pues bien, yo tengo sana envidia del pueblo británico cuando veo el admirable sentido del humor del que disfrutan como una más de sus características “nacionales”. En España, el humor, que también admite matizaciones y adjetivos, suele encontrar su más popular manifestación en lo chabacano, en lo ramplón y en la burla de los defectos y desgracias del prójimo. Lo demuestran los numerosos programas de las televisiones dedicados al lucimiento de sedicentes “humoristas”. Y si nos vamos a la literatura como espejo de las emociones humanas, en ciertos comentarios que se pretenden sesudos se consideran humorísticas obras como *El Quijote* o *El Lazarillo de Tormes*, donde el lector poco instruido reirá con gusto las penosas desventuras, los incontables golpes y palizas que sufren sus protagonistas, sin apreciar las virtudes literarias y hasta morales que llenan esos textos. Más cerca de nuestros días hubo escritores que supieron plasmar en sus creaciones un humor inteligente: Jardiel, Mihura, Tono, Cunqueiro, de la Iglesia, y unos cuantos más; todos, por cierto, colaboradores en algún momento de la revista *La Codorniz*. ¿Qué ha sido de ésta y de aquéllos?: el olvido. Hoy su humor no se entendería entre nosotros. Sólo divierte lo “risible” y el verdadero humor provoca la sonrisa, no la carcajada. Qué distinto, aquí aparece la envidia, de esa pléyade de escritores británicos, Wilde, Shaw, Wodehouse, Chesterton, Sharpe..., releídos y admirados hoy igual que ayer por sus paisanos y por miles de aficionados al buen humor y no a la bufonada. ¿Y el sentido del humor de los médicos? Pues, por lo general, más bien escaso. Imbuidos en exceso de seriedad por la naturaleza de nuestro oficio no solemos dejar opción a que la sonrisa aflore durante el ejercicio profesional y en el

trato con el paciente. Mala costumbre. Está archidemostrado que la distensión emocional que proporciona una gota de humor es un magnífico excipiente para cualquier tratamiento. Aparte de que conviene recordar una frase, precisamente de Chesterton, que dice que “divertido es lo contrario de aburrido, no de serio.”

DE LAS METÁFORAS.

José Ignacio de Arana.

La metáfora, del latín *metaphōra*, y éste del griego *μεταφορά*, traslación, es un artificio del lenguaje, un tropo, muy habitual en el habla, tanto culta como popular, que consiste en la aplicación de una palabra o una expresión a un objeto o a un concepto, al cual no denota literalmente, con el fin de sugerir una comparación y facilitar su comprensión. Lo más frecuente es buscar términos de actividades o situaciones corrientes o, por lo menos, conocidas por una mayoría de los hablantes. Veamos algunos ejemplos. El mundo religioso está presente en el lenguaje coloquial: “comulgar con ruedas de molino”, “armarse la de Dios es Cristo” (por alusión a las agrias discusiones teológicas e incluso físicas provocadas por alguna de las primeras herejías del cristianismo), “acabar como el rosario de la aurora”, etc. Las ciencias matemáticas prestan imágenes muy utilizadas en el lenguaje de los políticos y de los economistas: “sector”, “coordenadas”, “parámetros”... El mundo militar, al que es absolutamente ajena buena parte de la sociedad actual que ni siquiera ha conocido la “mili”, nos proporciona vocablos para referirnos a cuestiones sobre todo de organización: “estrategia”, “táctica”, “logística”, “vanguardia”... El tan controvertido mundo taurino nos ha dado muchas imágenes fáciles de entender por casi cualquier compatriota: “saltarse a la torera”, “salir por la puerta grande”, “brindis al sol” (referido, en su acepción original, a las localidades “de sol” donde suelen aposentarse los aficionados menos pudientes), “ponerse el mundo por montera” o “entrar al trapo”. Incluso actividades que se supondrían alejadas del conocimiento general como la metalurgia, nos dejan unos cuantos vocablos que utilizamos con soltura. Dos ejemplos claros son las palabras dúctil y maleable y sus correspondientes derivados. La primera, del latín *ductilis*, manejable, dicho de un metal significa que admite grandes deformaciones mecánicas en frío sin llegar a romperse o bien que mecánicamente se puede extender en alambres o hilos. En cuanto a maleable, del latín *mallēus*, martillo, es el metal que puede batirse y extenderse en planchas o láminas. Sin embargo, el uso común ha dado a dúctil el significado de acomodadizo, de blanda condición, condescendiente; y a maleable el de fácil de convencer o persuadir. Como se ve, todos ellos referidos a características morales o del carácter de la persona. La medicina, desde luego, es uno de los campos más fértiles en los que buscar y encontrar términos metafóricos: “vomitivo”, “poner los pelos de punta”, “el corazón en un puño”, “un nudo en el estómago”,

“pupila” (por perspicacia), “melancólico”, “atrabiliario”, “temperamento”..., y así podríamos contabilizar un centenar. Muchos proceden, como sabemos, de una antiquísima doctrina médica, la de los humores, que estuvo vigente en nuestra profesión durante siglos y a cuyo vocabulario específico se ha dedicado algún artículo anterior en este mismo laboratorio.

EL LADRÓN DE GLÁNDULAS.

José Ignacio de Arana.

Galicia es tierra pródiga en buenos escritores en lengua castellana que con frecuencia han simultaneado con textos en gallego. La memoria no demasiado educada de los españoles para lo que atañe a los méritos de sus compatriotas, hace que quizá en una rápida encuesta sólo surgieran de primeras los nombres de Valle Inclán y Cela. ¡Vaya dos! Por sí solos llenarían una antología de la mejor literatura. Pero dejaríamos en el olvido, como por desgracia parecen estar en el negocio editorial, a autores de la categoría de Álvaro Cunqueiro, Julio Camba o Wenceslao Fernández Flórez. Todos ellos compaginaron su labor creativa con la periodística y las recopilaciones de sus artículos de prensa constituyen verdaderas obras redondas. Hoy quiero ocuparme del tercero de ellos, Fernández Flórez (1885-1964), autor de piezas literarias tan admiradas en su época y de tan grata lectura hoy mismo como *Acotaciones de un oyente* (Crónicas parlamentarias, 1916), *Volvoreta* (1917), *El secreto de Barba Azul* (1923), *Las siete columnas* (1926), *El hombre que se quiso matar* (1929), *El malvado Carabel* (1931), *El bosque animado* (1943), *El sistema Pelegrín* (1949). Varias de ellas fueron adaptadas al cine, incluso en sucesivas versiones; la última, en 1987, fue *El bosque animado*, que obtuvo un gran éxito y recibió numerosos premios.

En 1929 Fernández Flórez publicó una novela corta titulada *El ladrón de glándulas* que merece ser citada en este laboratorio puesto que su argumento se introduce en cuestiones de nuestra profesión que, desde luego, eran una novedad escandalosa en el momento de su aparición en las librerías. A finales del siglo XIX, Brown Séquard había iniciado la era de las hormonas como terapéutica de diversos problemas de los pacientes, pero su mayor fama, al menos a nivel popular, se derivaba de la utilización de la testosterona, obtenida directamente de testículos animales, como milagroso remedio “rejuvenecedor” con resultados tenidos por espectaculares en la recuperación de la actividad sexual de los varones. Era parte de lo que entonces se conocía con el nombre de *opoterapia*. En 1939 el Premio Nobel de Medicina se otorgó a los científicos que habían logrado sintetizar la hormona. Uno de los personajes de la novela, el señor Artale, propone al doctor Vargas la castración de un tal Escobar, famoso por sus éxitos amorosos, y el uso de sus glándulas en provecho propio y para los mismos menesteres, claro está. El desarrollo de la novela, que pretende, como casi todas las del autor, revestirse de un

tono humorístico, es en realidad dramático y saca a la luz pulsiones del individuo normalmente ocultas pero que se desatan ante la posibilidad de un beneficio, y aún a costa de perjudicar gravemente a un semejante más débil. Nosotros recetamos a los pacientes sofisticados tratamientos que se dispensan en farmacia, pero tras la lectura de un libro como éste aparecen ante nuestros ojos problemas íntimos que quizá no han planteado aquéllos en la consulta apresurada.

JUBILACIÓN.

José Ignacio de Arana.

Los españoles somos gente muy trabajadora, capaz de cualquier esfuerzo... que por lo general sólo piensa en la jubilación. A primera vista parece un contrasentido, pero en realidad lo que nos molesta, si escarbamos un poco en nuestras motivaciones más íntimas, es trabajar para otros, es decir, trabajar como asalariados. El que trabaja para sí mismo, como el profesional liberal o el autónomo, no suele tener en mente la cuestión de la jubilación, al menos a plazo fijo, al cumplir exactamente una determinada edad establecida administrativamente y quizá de forma aleatoria. La misma palabra nos evoca alegría, lo mismo que el vocablo emérito, el que se ha retirado de un empleo o cargo y disfruta algún premio por sus buenos servicios o, dicho especialmente de un profesor, que se ha jubilado y mantiene sus honores y alguna de sus funciones. En ambas definiciones se conserva la idea de algún reconocimiento por parte de sus anteriores "patrones". El nomenclátor de nuestra geografía guarda el recuerdo de esta situación en la ciudad de Mérida, capital de la autonomía extremeña, fundada precisamente para el acomodo de los soldados romanos eméritos. Bien es cierto que el habla coloquial utiliza también el término jubilar para referirse a desechar algo por inútil, lo que ya no es tan halagüeño al asociarse la jubilación con arrinconar o librarse de un trasto viejo, cosa que nadie quiere, ni menos aún cree, ser.

Como quiera que sea, el hecho de finalizar una dedicación laboral en unas determinadas condiciones de horario, remuneración y, se quiera o no, disciplina jerárquica supone un cambio muy radical en la vida del individuo, que, sin embargo, no debería representar el cese brusco, literalmente de la noche a la mañana, del ejercicio intelectual al que se ha dedicado la mayor y principal parte de su vida y para adquirir el cual ha tenido que echar horas de ocio, de sueño y de familia. La estructura social, sin embargo, está así de mal planteada. La actividad puramente laboral, productiva en un sentido más o menos material del término, prima sobre cualquier otra del ser humano y oscurece o difumina todas las demás. No siempre ha sido así; de hecho, no lo ha sido hasta hace relativamente poco tiempo. La sabiduría adquirida no tiene caducidad y puede y debe servir de terreno firme sobre el que cimentar los progresivos conocimientos que las nuevas generaciones vayan logrando con su propia labor. Éste es el origen de todas las instituciones que con el nombre de senados u otros sinónimos han existido en todos los pueblos con lo que

entendemos por civilización y hasta los que parecen no tenerla, según nos enseñan los estudios antropológicos. La efebocracia ahora reinante ha desterrado tales bibliotecas vivientes (un proverbio oriental dice que cuando un viejo muere, se incendia una biblioteca). Quizá respiro por la herida reciente, pero me parece un razonamiento de puro sentido común. Si se critica, con harta razón, el desperdicio de alimentos con la “fecha de consumo preferente” superada, cuanto más doloroso ha de considerarse el desechar cerebros que no llevan impresa esa fecha en la tapa de la sesera.

DE COMADRES Y OBSTETRAS.

José Ignacio de Arana.

El nombre de obstetra con que se denomina al médico dedicado a la atención de la mujer embarazada y parturienta procede de la palabra con que los romanos designaban a la comadrona: *obstetrix*, derivada a su vez del verbo latino *obstare* que quiere decir "estar delante". Las comadres, comadronas o parteras eran mujeres voluntariosas que se dedicaban a este oficio sin otro bagaje formativo que su propia experiencia de reiteradas maternidades o habiéndolo aprendido junto a sus mismas madres que así mismo lo ejercieron. A ellas estaban encomendados también los cuidados inmediatos del recién nacido: cortar el cordón umbilical, darle las reglamentarias palmaditas para estimular el primer llanto, lavarle y fajarle de pies a cuello. Otra misión solicitada a la comadrona durante siglos y especialmente en algunas culturas, era la de comprobar la virginidad de las jóvenes casaderas a petición de los futuros cónyuges o de los padres que querían de este modo "avaluar" un contrato matrimonial. Aún persiste una costumbre similar entre la raza gitana. Uno de los pueblos que recurrían a estas prácticas era el judío de los tiempos bíblicos. En uno de los textos evangélicos apócrifos, el llamado *Protoevangelio de Santiago*, se narra una de estas historias. José, ante la inminencia del parto de María busca una comadrona; la que encuentra, asiste maravillada al nacimiento virginal y se lo cuenta de inmediato a otra mujer de su oficio llamada Salomé. Ésta se burla de su amiga diciendo: "Por vida del Señor, mi Dios, que no creeré tal cosa si no me es dado introducir mi dedo y examinar su naturaleza." Cuando Salomé introduce su dedo nota al instante que toda su mano queda carbonizada; comienza a dar grandes voces pidiendo clemencia a Dios y entonces aparece un ángel que le ordena coger al niño, y al hacerlo queda curada.

La presencia del médico no se consideraba necesaria durante los partos aunque visitara a la mujer antes de iniciarse y una vez nacida la criatura. Aquí primaba un concepto de pudor femenino que rechazaba el que ningún hombre, ni siquiera el marido, contemplase sus intimidades. Aunque los médicos no participaban en la asistencia a los partos sino en contadísimas ocasiones, la excepción la constituyen los alumbramientos de las reinas y algunas otras mujeres de la alta nobleza. En estas circunstancias el médico cumplía una misión más de notario que sanitaria, estando, pues, más justificado su nombre de obstetras. En estos partos era obligado que estuviesen presentes varios personajes que después

darían fe de que aquella criatura, destinada quizá a ceñir la corona, era realmente fruto del vientre real. La labor médica era, no obstante, extraordinariamente apreciada por las familias reales y, con frecuencia, gratificada con prebendas que complementaban el dinero de los honorarios. El Dr. Francisco Sánchez, que atendió a la reina Isabel II en el embarazo y parto del que hubiera sido Fernando VIII de España, iba a ser nombrado por la soberana nada menos que Marqués del Acierto; la muerte del niño y la consiguiente frustración de las esperanzas maternas y dinásticas dejaron al Dr. Sánchez sin su título.

MEDICINA PROCESAL.

José Ignacio de Arana.

En los estudios de la carrera de Derecho existe una asignatura llamada Derecho Procesal cuyo contenido enseña a los futuros licenciados no los entresijos de las leyes en sí mismas, sino el modo de manejarse con ellas en el curso de un proceso civil o penal. Esto es, las habilidades que el método jurídico establece y permite para el ejercicio práctico de su profesión; dicho sin el menor sentido peyorativo, los trucos del día a día, las argucias legales disponibles para beneficio de sus intereses que son los de sus clientes, el trato, en fin, con clientes, jueces, fiscales, otros abogados, procuradores y todo el entramado sobre el que se sostiene un procedimiento judicial. La justicia en España no es, no sé si para bien o para mal aunque seguramente habrá de todo, como la que estamos tan acostumbrados a ver en esas películas y series televisivas cuyo argumento se desarrolla en todo o en parte en una sala de un tribunal. En éstas se ve a las claras que esas habilidades se ponen en juego constantemente por cada una de las partes en litigio. Aquí las cosas funcionan de otra manera, como sabe quien haya tenido que asistir en cualquier condición a un proceso. No obstante, los abogados de más prestigio son, aparte, claro está, de expertos conocedores de las leyes en su letra y en su espíritu, diestros en aplicar el abanico de posibilidades que les concede el derecho procesal español.

Viene esto a cuento, como tantas veces, por la envidia que uno siente por las actividades de otras profesiones que los médicos no hemos sabido, o no hemos querido, imitar acomodándolas, naturalmente, a nuestras circunstancias. Sería quizá deseable que en el curriculum de la carrera de medicina se incluyera una nueva materia: La Medicina Procesal, o el nombre que se decidiese que por eso no íbamos a discutir. Una materia que enseñara a los jóvenes médicos a desenvolverse en la práctica con el bagaje de sus conocimientos científicos: trato con el enfermo, con sus familiares, otros médicos, personal sanitario, hasta con los medios de comunicación que tan frecuentemente recaban nuestra participación. Se dirá que esta práctica se adquiere durante los años del periodo MIR en los que teóricamente el nuevo médico ejerce bajo la tutela de colegas con ese tipo de experiencia, pero sabemos que en la mayoría de los casos no es así: la ciencia en sus aspectos más pragmáticos, la elaboración de un curriculum de publicaciones y comunicaciones a congresos firmadas por al menos media docena de “colaboradores”, se llevan casi todo el tiempo y la preocupación de los jóvenes colegas. Lo demás, efectivamente,

se obtiene con los años de ejercicio. Pero, como los abogados, el saber conducirse “profesionalmente” desde un principio debería ser una pericia aprendida durante los estudios básicos de este oficio nuestro que tanto tiene de manejo práctico como de ciencia aplicada, la cual se nos supone con el título académico.

ESDRÚJULAS.

José Ignacio de Arana.

El poder de las palabras no sólo reside en su significado, a veces complicado por las trampas de la polisemia. También lo tienen su propia estructura gramatical y, sobre todo, su pronunciación, la denominada prosodia. Al fin y al cabo, las palabras, el lenguaje, son un medio de comunicación oral y sólo secundariamente escrito. Si para una mayoría de los individuos el hablar es simplemente un instrumento de comunicación interpersonal que utilizamos sin apenas darnos cuenta de lo que hacemos, como andar, respirar o pestañear, para algunos se convierte en parte fundamental de su oficio. Me refiero a los profesionales de los medios de comunicación hablados quienes, cada vez más, influyen con su ejemplo en el comportamiento lingüístico de la población general que se nutre casi en exclusiva de ellos para su información, entretenimiento y, lo que es más grave, educación. También se aprecia en el lenguaje de los políticos cuando éstos hablan en público. Esos “hablantes” se creen en la obligación de prestar a su discurso, por lo general, además, leído en uno de los aparatos al uso para estos menesteres, un tono afectado de pronunciación que, deben pensar, concede a la noticia o a la opinión una mayor importancia. Y para este empeño, nada mejor que utilizar muchas palabras esdrújulas y sobreesdrújulas que suenan a cosa de mayor cuantía. Y si en la frase no hay ninguna de estas palabras, se inventa. Así pasa cuando verbalizan de tal forma que juntan el artículo o la preposición con la palabra que los sigue y de esa manera consiguen un vocablo lo suficientemente largo para que, acentuándolo en la primera sílaba, suene al oído como esdrújula. Escuchen con atención cualquiera de esos parlamentos y se darán cuenta de este defecto al que me refiero. Otro tanto sucede con esa manía moderna de convertir los participios en verbos y de ahí sacar nuevos verbos y así hasta el infinito que permita el teclado, porque lo que es la lengua se llega a trabar con tal invento: por ejemplo, de *poner* nace en español *posición*, de aquí se extrae, con fórceps, *posicionar* y de aquí *posicionarse* y *posicionamiento*, y así sucesivamente; de *concretar*, *concreto* y *concretizar*. Hasta hace poco eran los locutores deportivos los más proclives a caer en este solecismo, quizá por la inmediatez y la vehemencia que exigen sus comentarios durante la retransmisión de un acontecimiento de esa índole; pero la cosa se ha extendido y ahora podemos apreciarlo en otros ámbitos de la locución.

Para los médicos, que con tanta frecuencia tenemos que hablar para un auditorio más o menos numeroso –piénsese en los congresos o en las meras sesiones clínicas- quizá fuera bueno crear algo parecido a los “manuales de estilo” que se sugieren, con poco aprovechamiento a lo que se ve, en los medios periodísticos. Algo de esto ya se hace en algunas publicaciones con las “normas” que establecen los editores, pero ahora me remito al lenguaje hablado. Se me dirá que sólo nos faltaba tener que repasar la olvidada gramática con todo lo que tenemos que hacer estudiando nuestra ciencia. Pero contestaré que “nunca por mucho trigo fue mal año” y que esta enseñanza mejoraría notablemente la imagen pública de la profesión y hasta serviría de gimnasia mental, algo que no sobra en oficio tan viejo y cansado como la medicina.

INTIMIDAD.

José Ignacio de Arana.

Se multiplican en los ámbitos judiciales las demandas y procesos por “atentados contra la intimidad”. Tanto que sobrecargan y casi paralizan el normal funcionamiento de los juzgados que han de preterir otros asuntos de mayor enjundia legal. Y eso en la misma época en que proliferan las llamadas *redes sociales* y quienes consciente o inconscientemente, arrastrados por la moda de las relaciones interactivas, se meten en ellas y desnudan, muchas veces incluso literalmente, los detalles más íntimos de su personalidad y de su comportamiento que deberían de ser privados. Paradojas de los tiempos. Hasta ahora, a las dos únicas personas a las que les era no sólo permitido, sino obligado el inquirir y penetrar en las intimidades para poder desempeñar sus funciones, eran el sacerdote y el médico. Tan grave es su responsabilidad en este sentido que ambos la ejercen bajo la imperativa condición del secreto profesional. Pero a la gente le gusta airear su intimidad ante conocidos y desconocidos y luego se queja de que ese aventamiento lleve las pajas y el grano hasta terrenos a donde nunca hubiera deseado que llegaran. Además, la inmediatez que caracteriza, como ninguna otra condición, las actuales relaciones interpersonales, favorece extraordinariamente la difusión del conocimiento que unos podemos tener de otros, y viceversa, claro. Es importante que, aunque intimidad sea tanto lo “bueno” como lo “malo” que hayamos hecho, sólo nos molesta y, en su caso, hace saltar la queja judicial, lo segundo, mientras que de la difusión pública de lo primero podemos sentirnos hasta orgullosos y ser sus voceros más entusiastas. Aquel consejo evangélico de que “no sepa tu mano derecha lo que hace la izquierda”, referido precisamente a las buenas acciones, no parece tener vigencia. Otro tanto cabría decir de la idea transmitida por Fray Luis de León en su célebre décima *Al salir de la cárcel*: “(...) Dichoso el humilde estado / del sabio que se retira / de aqueste mundo malvado (...) y a solas su vida pasa, / ni envidiado ni envidioso.” Aquí y ahora, el que no envidia ni es envidado, y pronuncia o recibe diatribas por ello, no es nadie. Si hacemos caso -¡y cómo no hacerlo!- al filósofo Ortega y Gasset, pensador de cabecera para tantos españoles, que comienza su libro *La rebelión de las masas* con un capítulo titulado “El hecho de las aglomeraciones”, nos daremos cuenta de que el decaimiento de la intimidad viene de hace ya unas generaciones, aunque es ahora, con la antes mencionada inmediatez de los vínculos interpersonales, cuando ha adquirido rango de estado casi natural de la sociedad,

los psicólogos, en especial los psicoanalistas que tienen por método de trabajo el escarbar en la intimidad, recomiendan, sin embargo, dejar en la penumbra algún retazo, a modo de fondeadero al que amarrar el ancla de la personalidad. En esto pasa como con el cuerpo físico: una sutil veladura, apenas nada, quizá, lo hace más bello y atractivo que el desnudo integral. ¿Tenemos todo esto en cuenta los médicos a la hora, por ejemplo, de ingresar a un paciente en una habitación compartida donde se le interroga, explora y, en general, manipula, sin apercibirnos, por nuestra reprochable rutina, de que hay otro u otros pacientes en las camas de al lado? Creo que en demasiadas ocasiones, no.

TALLERES.

José Ignacio de Arana.

Dentro de unas jornadas se va a celebrar el Congreso Nacional de mi especialidad médica. Esto no tendría por sí mismo nada de destacable. Rara es la semana o el día del año en que no se celebra alguno de tales acontecimientos de cualquier rama de la medicina, tantas que a veces el tronco se oculta o se difumina en exceso; pero esto es otra historia de la que en alguna ocasión también habrá que hablar. A lo que hoy quiero referirme es a la proliferación, tampoco nueva, de sesiones de trabajo etiquetadas como “talleres” en el programa congresual. Claro galicismo tomado del atelier de nuestros vecinos del norte y que han incorporado a su acervo prácticamente todas las lenguas “cultas”. Al principio, hace aún pocos años, todavía este vocablo chocaba contra las entendederas de un hablante español que tenía por tal lo que el Diccionario prescribía, a saber: lugar en el que se ejecuta un trabajo manual; para los que presumían de instruidos era así mismo un grupo de artistas que colaboraban y seguían en su estilo a un maestro consagrado. Pero también se ha colado, incluso académicamente, el significado moderno al que estoy haciendo alusión. Su descripción más exacta sería la de “una metodología de trabajo en la que se integran la teoría y la práctica. Se caracteriza por la investigación, el descubrimiento científico y el trabajo en equipo que, en su aspecto externo, se distingue por el acopio de material especializado acorde con el tema tratado teniendo como fin la elaboración de un producto tangible.” Un taller es, siguiendo el mismo criterio, “una sesión de entrenamiento o guía de varios días de duración en la cual se trabaja en la solución de problemas y en la capacitación de los asistentes, cuya participación es condición esencial del proceso; por lo general se acompañan de actividades y demostraciones prácticas.” Eso antes se llamaba seminarios, y éstos han formado parte habitual de las reuniones de cualquier rama del saber o de las artes. Pero ahora se hacen distinguos, no siempre claros, en la programación.

Otro galicismo asentado hace mucho en el vocabulario de la comunicación científica o intelectual en general es el de “cuadernos”. Préstamo si no imposición del francés cahier, con una etimología, en español, que alude a los “cuatro” pliegos que formaban el primitivo librito. Yo he de entonar mi particular mea culpa puesto que colabo en unos Cuadernos de Historia de la

Pediatría española que edita la AEP. Pero ¿por qué no llamar a estos noticieros sencillamente “revista”, que el diccionario define como “publicación periódica con textos e imágenes sobre varias materias, o sobre una especialmente”? El término “cuaderno”, se quiera o no, evoca en nuestra memoria recuerdos infantiles, escolares, que no son malos, ¡vaya que no!, pero sí extemporáneos. Como quiera que sea, nos hemos acostumbrado a asistir a “talleres” y a leer “cuadernos” de modo que ambas palabras han perdido ya su prístino sentido. Un laboratorio como éste las acepta y las utiliza, pero séanos permitida una queja tan liviana como inútil.

EL LENGUAJE DE LOS CUADROS.

José Ignacio de Arana.

A vueltas, una vez más, con el lenguaje no verbal, que también ha de tener cabida en este laboratorio, me interesa hoy comentar el “lenguaje pictórico”. ¿Y qué es eso?, dirá algún lector. Pongámonos delante de lienzos como *La Anunciación*, *El carro de heno*, *El sacrificio de Isaac*, *El cambista y su mujer*, *La rendición de Breda*, *Los fusilamientos del 3 de mayo* (sí, sí, del 3 y no del 2 como dicen algunos que se pasan de listos), por no salir de las galerías de nuestro Museo del Prado y con una elección aleatoria. Y ahora pensemos si cualquiera de los hipotéticos visitantes instruido en alguno de los planes de estudio españoles de los últimos treinta años entenderá el significado de esos cuadros y de más del noventa por ciento de los que se exponen en esa pinacoteca como en la mayoría de las del mundo occidental. Seguramente no, o le costará mucho si no tiene una buena guía en la mano o un cicerone al lado. Y ¿por qué? Pues porque adolecen de “analfabetismo cultural” que es algo distinto del que suele denominarse “funcional”. El arte, en este caso la pintura, posee su propio lenguaje, sin palabras pero con símbolos; y ¿qué otra cosa es la escritura sino una serie de símbolos tácitamente aceptados? Las pinturas a las que he aludido nos están contando una historia, no como haría un comic –género más inteligible para las nuevas generaciones- con un hilo argumental y un desarrollo, sino, y nunca mejor dicho, con las pinceladas de un detalle, significativo, sí, pero sólo parcial, que nos exige el ejercicio mental de imaginar o recordar todo un proceso narrativo. La desaparición, o casi, de la enseñanza de la historia en general, de la historia “sagrada” muy en particular y de las llamadas “humanidades”, de las que las anteriores forman una parte sustancial, en aras de no se sabe bien qué teorías sobre lo que un joven debe asimilar y almacenar en su equipaje intelectual básico, han llevado a esta suerte de visión con anteojeras que, de no corregirse, lleva camino de convertir en un par de generaciones o tres los museos en simples almacenes. Los museos, por cierto, están repletos de obras en las que aparecen detalles médicos; sólo hay que acercarse a sus salas con curiosidad de profesionales de este nuestro oficio: personajes enfermos, heridos, actitudes curativas milagrosas o profanas, posición social del enfermo, etcétera. Muchos médicos actuales, imbuidos de tecnología y protocolos como métodos casi únicos de establecer un diagnóstico, se verán en dificultades para identificar esas situaciones clínicas que el pintor quiso reflejar en la obra con el motivo que fuera:

ejemplarizante, descriptivo o simplemente de alarde artístico. Faltará el “ojo clínico” que ahora está arrumbado en el cajón de los deshechos anticuados y carentes de rigor científico. Otro lenguaje, pues, perdido lamentablemente. La verdad es que el lenguaje artístico, que nació para que lo entendieran todos, y muy especialmente los analfabetos de lectura y escritura –pensemos en los maravillosos “libros iluminados” de las portadas románicas o los retablos de tantas iglesias- se va a quedar en un idioma sólo para iniciados, rizando el rizo del absurdo.

TALENTOS.

José Ignacio de Arana.

Las parábolas evangélicas, “narraciones de un suceso fingido, del que se deduce, por comparación o semejanza, una verdad importante o una enseñanza moral”, según nos dice el DRAE, no son, a pesar de su pretendida simplicidad, tan fáciles de entender muchas veces. Sucede esto en ocasiones porque el mensaje no es en realidad tan claro para unas entendederas comunes y necesita de una exégesis de la que no siempre dispone el oyente o el lector. En otras, es el lenguaje utilizado el que se nos atraviesa por haber perdido para nosotros la frescura que tuvo cuando se pronunció. Es el caso de una parábola hartamente conocida, la llamada “de los talentos” (*Mateo* 25, 14-28 y, con ligeras variaciones, *Lucas* 19, 12-27). Es dura y complicada la conclusión: “Al que tiene se le dará en abundancia, pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene”, pero aquí se habla e intenta analizar el lenguaje y nos hemos de fijar en esa palabra *talentos* que de siempre ha confundido a quienes escuchábamos esta lectura. Los aficionados a la Historia antigua, o con algunos conocimientos sobre ella, están acostumbrados a ver el término usado para referirse a una especie de moneda imaginaria o, mejor, a una cantidad concreta de dinero en tiempos muy lejanos a la idea de un sistema métrico de aceptación universal. Del latín *talentum*, y éste del griego *τάλαντον*, plato de la balanza, peso, equivalía al peso en plata, y menos veces en oro, del agua que cabía en un ánfora. Medida, como ya se entiende, de una ambigüedad extraordinaria (hoy diríamos que entre 25 y 35 litros y, consiguientemente, kilos); de ahí que la unidad “talento” tuviese distinto significado y valor de unos pueblos a otros. Los que más lo utilizaron, con la necesaria existencia de un gremio de “cambistas”, fueron los griegos, los romanos y los fenicios, es decir, los que más mercadeaban en su época.

Por directa alusión a ese significado crematístico aunque transformando su sentido en algo inmaterial pero también valioso, la palabra “talento” tomó luego la acepción, hoy única manejada y así recogida en el DRAE, de inteligencia o de aptitud, esto es, capacidad para el desempeño o ejercicio de una ocupación. Así la mencionada parábola adquiere una aplicación más inteligible para las gentes actuales: lo que Dios nos da son talentos intelectuales y de su buen o mal uso nos ha de pedir cuentas. Estos talentos ni pesan ni abultan, pero se dan a conocer. En este sentido hay una anécdota tan graciosa como representativa de su protagonista. Alonso Fernández de Madrigal, conocido como *El Tostado*, obispo de Ávila en el

siglo XV, famoso por su inmensa producción bibliográfica -« (...) es muy cierto que escribió en cada día tres pliegos, de los días que vivió (...)», dice en su maravilloso sepulcro de la girola en la catedral abulense- asistió al Concilio de Basilea donde se dirimía la solución al Cisma de Occidente, y el Papa Eugenio IV, en un encuentro con los obispos, y como Alonso era de muy baja estatura, creyó que estaba de rodillas y le invitó a incorporarse. El español, amoscado, le dijo al Papa: “Santidad, la estatura de un hombre se mide desde las cejas al nacimiento del pelo.” Mucho talento en un cuerpo pequeño, pues. ¿Sabemos reconocer ese tesoro en los que nos rodean? Me temo que nos fijamos demasiado en los signos externos y pecamos muy a menudo, como S.S. Eugenio, de ignorancia e impertinencia, dos defectos que suelen ir de la mano.

REALIDAD Y EVIDENCIA.

José Ignacio de Arana.

Nadie dudará de que la Tierra gira sobre su eje; eso es verdad, es una realidad. Pero no se trata de una evidencia. Todos seguimos “viendo” cómo el sol sale cada mañana por el horizonte y se esconde en el ocaso por el extremo opuesto: es “evidente” que quien se mueve es el sol, no nosotros dando vueltas. Y como este ejemplo, quizá el más gráfico, podrían encontrarse a docenas en la vida cotidiana. Un conocido mío me decía que cada vez que sube por la escalerilla de un avión sabe que realmente aquello volará, pero mirando el aparato tan de cerca tiene la evidencia de que es imposible que eso se levante del suelo y siente por ello un resquemor del que no le libran ni su reconocida inteligencia ni la experiencia de centenares de vuelos como el que va a emprender. Los médicos tendemos en nuestro ejercicio profesional a considerar más lo que sabemos que es real en la enfermedad del paciente y en la forma que tiene éste de vivirla y sufrirla que en lo que es evidente para el propio enfermo. Y, sin embargo, éste lo que nos demanda es que reparemos en esa vivencia particular, que nos apeemos, al menos por unos momentos, mientras estamos a su lado, del raciocinio del que nos enorgullecemos por nuestros estudios de pura ciencia y nos pongamos a su altura donde está lo evidente. En ocasiones el paciente sufre en su organismo de una enfermedad ominosa, sin arreglo, pero él se siente bien física y, sobre todo, anímicamente. ¿Por qué entonces nos dedicamos a escarbar en lo que no tiene solución, o nosotros no sabemos dársela, atormentando con nuestras acciones y nuestra actitud a esa persona? Y, a la contra, ¿por qué ante un sujeto para el que es evidente que está enfermo y como tal padece, nos empeñamos en hacer ante él un ejercicio de impostada sabiduría para demostrarle su error ya que no encontramos patología ninguna? ¿No es ya un enfermo quien se tiene por tal aunque nosotros no hallemos objetivamente ninguna causa “de libro”?

La medicina no es, algunos pensamos que afortunadamente, una ciencia como las demás; no manejamos datos siempre tangibles y axiomáticos como puede hacer un ingeniero, un informático y, hasta si me apuran, un filósofo. Tenemos que estudiar, comprender, aceptar y tratar tanto lo real como lo que nuestro paciente cree que es real; y hacerlo sin restricciones de conciencia a las que nos puede mover el conocimiento académico adquirido. La conversación, la simple y sencilla conversación con el paciente será muchas veces curativa de por sí y siempre

consoladora. De nada sirve que al conocido mío que antes mencioné le hablemos de las leyes físicas que rigen el sostenimiento de un avión en vuelo y hasta le pongamos sobre un papel complejas fórmulas matemáticas; si para él “aquello” no puede volar, una distendida conversación en la escalerilla y hasta el despegue le será mucho más útil. Claro que este comportamiento, por parte de quienes hemos estudiado una dura carrera de ciencias, exige un esfuerzo mental, que seguramente requiere asimismo aprendizaje, pero el paciente, y ahora no me refiero al que tiene miedo a los aviones, nos pide ayuda en lo que para él es evidente; la realidad, en una mayoría de las ocasiones, será otra cosa; la solucionaremos también, si podemos, pero eso será por añadidura.

EUFEMISMOS DE LA MUERTE.

José Ignacio de Arana.

Con motivo del fallecimiento de un familiar estuve hace poco en uno de los tanatorios de Madrid. Y durante unas horas me vi rodeado de eufemismos, “manifestaciones suaves o decorosas de ideas cuya recta y franca expresión sería dura o malsonante”. Ya empezamos con lo de tanatorio, palabra que utiliza una raíz del socorrido griego, *tanatos*, muerte, que los médicos hemos usado siempre sin mayor dificultad, pero que para los hablantes comunes que ignoraban, como es natural, ese origen clásico, sirve de envoltorio para disimular el más descarnado nombre de “depósito de cadáveres” que tradicionalmente designaba a esos lugares. En la sala aledaña a otra en la que se expone el cuerpo del finado a las lamentaciones y pésames de los allegados, sala decorada como si fuera el cuarto de estar de un hotel, incluidos los cuadros de asuntos impersonales que cuelgan de las paredes, las butacas mullidas en grupos que propician la tertulia y los periódicos del día, sobre una mesita rinconera hay un marco plastificado en el que, bajo la foto de una agradable señorita uniformada que bien podría ser la “empleada del mes”, dice: “Fulanita de Tal, su agente familiar. Para cualquier cosa que precise puede ponerse en contacto con ella en el teléfono ***”. Eso de “agente familiar” para denominar a alguien de la empresa funeraria que se ocupa de atender a los deudos en sus necesidades más inmediatas, está como cogido con pinzas y seguramente es una traducción literal del inglés norteamericano pues en aquel país estos asuntos mortuorios están muy organizados desde hace mucho tiempo según hemos aprendido viendo su cine. Aquí todo esto, y el entierro, los oficios religiosos antes del mismo y la demás parafernalia, se habían llamado de siempre “pompas fúnebres”, que no es tampoco mal título, con esa palabra “pompas” que evoca una idea de cortejo y ceremonial solemnes. Las empresas dedicadas a estos menesteres postrimeros –recordemos el concepto de las “postrimerías” que se estudiaba en el viejo catecismo- han logrado una profesionalización de su desempeño que convierte el trance en algo muy similar a la venta de un coche nuevo, sin que ello obste, claro está, para que el dolor, el “duelo”, acongoje más o menos, que de todo hay, a los más próximos afectivamente al fallecido. Las antiguas “pólizas de entierro”, que muchas familias guardaban en un cajón del dormitorio, después de haber pagado religiosamente y durante muchos años, con suerte, las cuotas correspondientes, han

pasado a ser “seguros de deceso”, en este caso con un latinismo también encubridor de la palabra muerte y de lo que la rodea.

Pero desde este laboratorio del lenguaje en el que con frecuencia hacemos recomendaciones de lecturas, debo hacer un elogio de una iniciativa enmarcada en ese mismo distanciamiento. La Empresa Mixta de Servicios Funerarios de Madrid, Sociedad Anónima -otro nombrecito de entidad que parece asemejarse a una firma comercial como tantas- edita una magnífica revista, titulada *Adiós*, que se proporciona gratuitamente en los tanatorios de la empresa; dirigida por Jesús Pozo y con Nieves Concostrina como redactora jefe, reúne con periodicidad bimestral artículos, reportajes, relatos y hasta poesías de muchos autores con el único hilo conductor de la muerte como motivo de fondo y todo ello con un despliegue iconográfico de extrema calidad. Claro que, al ser una publicación “de empresa”, está llena de expresa publicidad *ad hoc*, pero el lector puede saltársela sin demasiado esfuerzo para disfrutar de los textos y las imágenes. Consigan un ejemplar si tienen oportunidad y verán que se trata de una verdadera joya literaria y periodística. Yo la colecciono, sin necesidad, gracias a Dios, de tener que utilizar otros “servicios”.

CALIDAD DE VIDA.

José Ignacio de Arana.

En el mundo actual la vida ha dejado de ser un valor absoluto en sí misma. Ahora necesita tener “calidad”. ¿Y qué es esto de la calidad de vida que se ha convertido en una expresión en boca de cualquiera? Pues, una mezcla lo más homogénea posible de buena salud física, normalidad intelectual, bienestar económico, equilibrio social y disfrute de las oportunidades de todo tipo, pero muy especialmente de las llamadas lúdicas o de recreo en general, entre otras cosas. Condiciones todas, ya se ve, tan aleatorias como subjetivas. Incluso la que parecería más mensurable, el bienestar económico, carece de verdadera solidez porque lo que uno estimaría como suficiente, otro lo tendría por escaso para su gusto personal y estamos hartos de encontrar esta diferencia a nuestro alrededor. Así pues, podemos repetirnos la pregunta: ¿qué es calidad de vida?; pero, sobre todo, hacernos una nueva: ¿quién determina la calidad de una vida?; especialmente cuando el individuo no está en condiciones de determinar sus propios parámetros, esto es, muy al principio de su existencia, en su fase prenatal pero ya humana, y al final de la misma. Pues ahí está el meollo de la cuestión. Seguramente nadie está capacitado para establecer un baremo de calidad sobre la vida ajena –y pienso que tampoco sobre la propia- y habremos de concluir que la vida es valiosa por sí misma, con lo que estaríamos como al principio. Todos hemos visto un buen puñado de veces –a sus autores se les olvidó registrar los derechos de propiedad de la obra y por eso la programan en cualquier momento y sin pagar un duro todas las cadenas de televisión- la película, lacrimógena y sensiblera si se quiere, *Qué bello es vivir* (Frank Capra, 1946), en la que se trata de este asunto. La vida de cada cual influye, sin que él o ella ni siquiera lo perciban, en las de otras personas; ya sólo esto le otorgaría importancia aunque considerásemos, que algunos lo hacen, a la sociedad como un mero ecosistema.

Estas consideraciones tienen, aunque quizá no lo parezcan, su relación con el lenguaje que nos reúne en esta página. De tanto machacar con una palabra o una frase, éstas impregnan las ideas que van unidas a ellas y modulan el pensamiento de los hablantes. Viene a cuento lo que digo porque el argumento de la calidad de una vida es el más escuchado, incluso en boca de médicos, para justificar la supresión de seres humanos. Y hasta parece un avance del intelecto que debemos agradecer por su “beneficencia”. ¡Disparates!

AUTORIDAD.

José Ignacio de Arana.

Otra vez más a cuentas con la polisemia del español. En esta ocasión traigo la palabra autoridad como una de las quizá peor entendidas en nuestra lengua. El mismo Diccionario, forzado sin duda por la presión del uso, mezcla churras con merinas y aunque deja claro el origen latino en *auctoritas*, se deja llevar luego por la querencia y nos dice que autoridad es “poder que gobierna o ejerce el mando, de hecho o de derecho”, es decir, lo que vulgarmente se llama aquí “la autoridad”, que en España puede ser, según los lugares y las circunstancias, el gobierno de la nación en abstracto o un guardia de tráfico en concreto. El verdadero sentido del término, tal y como lo entendían los latinos que nos han transmitido su concepto y los escritores clásicos que así lo supieron entender, es el de “prestigio y crédito que se reconoce a una persona o institución por su legitimidad o por su calidad y competencia en alguna materia.” Que, naturalmente, conlleva a menudo el poder, pero fundamentado sólo en esos criterios. Así pues, un mindundi podrá ser “la autoridad” en algún momento y lugar, pero carecerá de verdadera autoridad para ser respetado, obedecido e imitado. De Cristo dicen los evangelios repetidamente que predicaba “con autoridad”.

Esta diferencia es especialmente notable en el ámbito político, pero también lo es, y mucho, en los puramente intelectuales y, por tanto, en el científico y el médico en que nos movemos. En ambos se ha establecido, por cuestiones de buen funcionamiento instrumental, una organización jerárquica que debería suponerse basada en aquella condición de autoridad bien entendida, pero que, con el tiempo y la inercia de las circunstancias, se rige por otros criterios que no necesariamente, aunque sí, reconozcámoslo, a menudo, son éstos. En medicina, sin embargo, la autoridad la acaban por dictaminar los pacientes que terminan por reconocer, entre los miembros de un “equipo”, que es una manera hodierna de prestar la asistencia sanitaria, al individuo en el que van a depositar sus confianza, al margen de los “galones” que adornen la bata o el cartelito de la entrada. O sea que, se quiera o no, siempre existirá para cada paciente “su Don Manuel” que le escuche y le cure, o lo intente, y esto es bueno porque está en los fundamentos de la medicina desde Hipócrates.

DO, RE, MI, FA, SOL.

José Ignacio de Arana.

En este Laboratorio ya hemos comentado distintos tipos de lenguaje: del arte, corporal, etc. Hoy me quiero referir al lenguaje musical en su aspecto más básico, es decir, el utilizado para “leer” la música. Para ello nos vamos a remontar unos siglos en la Historia.

El estilo musical conocido como gregoriano tuvo su origen en el siglo VIII y en tierras del Imperio Carolingio. Su nombre hace mención al Papa San Gregorio Magno (540-604) a quien se atribuyó su creación. Fue el propio Carlomagno -o su ministro Alcuino de York, que era su principal consejero en todos los asuntos culturales- quien creyó oportuna esa denominación lo mismo para la música que para otros detalles litúrgicos con los que el Emperador quería unificar el culto en su Imperio a la vez que devolverle el rigor y la austeridad que San Gregorio había instituido durante su Papado. En realidad se trataba de una forma de interpretar la música religiosa que había ido haciéndose común en el reino franco a partir de cantos romanos mucho más antiguos. El aprendizaje de aquellos cantos se hacía de forma totalmente memorística pues todavía no se había inventado ningún sistema de notación. Poco después aparecerá el primero de estos sistemas, basado en cuatro líneas -*tetragrama*- y unos signos cuadrados -*neumas*- que representan la entonación de cada nota. Este hallazgo facilitó enormemente la difusión de la música ya que permitía, por un lado, un aprendizaje más cómodo, y por otro, la interpretación se uniformaba al ajustarse a unas elementales normas de fácil repetición. Los grandes códices antifonarios que se copiaban reiteradamente y se repartían por todos los templos de la cristiandad están elaborados con este método que hoy sorprende a muchos de quienes los contemplan en sus lugares de origen o en los museos a donde los ha conducido su extraordinario valor artístico e histórico.

Doscientos años después de esta invención, un monje italiano llamado Guido de Arezzo (992-1050) dedicó una parte de su tiempo a estudiar los distintos modos de representar las notas musicales, queriendo alcanzar una síntesis que facilitara aún más su aprendizaje por los muchos monjes que apenas tenían conocimientos en este sentido pero que estaban obligados a entonar los cantos litúrgicos durante su vida en comunidad. Por fin encontró un sistema nemotécnico que recordara la entonación exacta de cada nota. Se trata de utilizar algunas sílabas de la primera estrofa de un himno en honor de San Juan Bautista. Realmente podría haber sido

cualquier otro himno, pero éste tenía la ventaja de que sus hemistiquios -mitades de cada verso- comenzasen por sílabas que componen una sucesión ordenada de tonos y semitonos. He aquí el texto.

Ut quaeant laxis Resonare fibris
Mira gestorum Famuli tuorum,
Solve polluti Labii reatum,
Sancte Iohannes.

Guido de Arezzo sólo utilizó las primeras seis: Ut, Re, Mi, Fa, Sol y La. La nota Si (unión de las iniciales de Sancte Iohannes) fue introducida mucho más tarde, en 1482, por Bartolomé Ramos de Pareja. En cuanto al cambio de Ut por Do, que es la notación mantenida hasta hoy, se debe al italiano Giovanni Batista Doni que utilizó en sus transcripciones las primeras letras de su apellido.

SMARTPHONE.

José Ignacio de Arana.

Ya no basta con tener un aparato para hablar a distancia, teléfono; ahora tiene que ser, además, inteligente, smartphone, nueva palabra nacida de la mezcla del griego con el inglés, ¡casi nada! Como tantos objetos de la era tecnológica, ha pasado en muy pocos años de ser desconocido a considerarlo como imprescindible para nuestra vida cotidiana. Hace no mucho, salir a la calle dejando en casa el teléfono, el único que había, el enchufado a la pared, no planteaba ninguna inquietud: si alguien llamaba, ya volvería a hacerlo; si teníamos que llamar, ya llegaríamos a algún sitio. Ahora no. Darse cuenta de que no se lleva encima el teléfono móvil provoca un desasosiego que puede obligarnos a desandar un buen trecho del camino para cogerlo; y si es un Smartphone provisto de sistemas de contacto inmediato, como el celeberrimo whatsapp, el *guasap*, vaya, sentiremos la imperiosa necesidad de estar comprobando de continuo si tenemos mensajes nuevos o mandando recados con una importancia de este tenor: “acabo de salir de casa”, “hay mucho tráfico y a lo mejor me retraso”, “voy a tomar un café”... Pues qué bien. Pura literatura epistolar de la buena. Y luego están los correos electrónicos y los periódicos digitales y las alarmas programadas y los juegos y el imprescindible GPS sin el que nos es imposible ir hasta el restaurante o al quiosco de prensa, en el caso, claro está, de que decidamos comprar un periódico en papel.

Para muchos, sobre todo entre las nuevas y novísimas generaciones, el acceso a internet y, por su portabilidad, el teléfono inteligente, se ha convertido en un instrumento de trabajo como lo habían sido anteriormente el teléfono “normal” y la máquina de escribir, con innumerables ventajas y accesorios incorporados. Teniendo en cuenta, por otro lado, que estas mismas generaciones son las que tienen en internet la principal fuente de conocimientos sobre cualquier asunto y, desde luego, de los que conciernen a su quehacer diario, no puede extrañarnos que, por ejemplo, nuestros jóvenes colegas anden todo el día con el inteligente aparato en la mano y que recurran a él incluso en la cabecera de los pacientes o en la mesa de la consulta con la misma soltura que harían, y hacen, con un vademécum o uno de esos manuales “de bolsillo” sobre medicina de urgencias o cualquier otra especialidad. Así no es raro que no les quede sitio en los bolsillos de la bata para meter el fonendo y lo tengan que llevar enrollado al cuello.

Con el uso continuado de estos aparatos, a los que nadie puede negar una gran contribución a la comodidad, se terminarán perdiendo otras habilidades: búsqueda bibliográfica, memoria de textos, incluso la misma escritura caligráfica al ser todo con teclado y, cada vez más, por simple contacto y desplazamiento dactilar. Nuestros niños ya intentan pasar de un dibujo a otro de sus libros ilustrados mediante este procedimiento, y se enfurruñan cuando no consiguen que la página se mueva con ese solo gesto. Si ya hemos olvidado el manejo mental y hasta escrito de las cuatro reglas aritméticas porque cualquier aparatito, incluso el reloj más sencillo que se regala en la Primera Comunión, nos hace las cuentas y con decimales, otro tanto sucederá con la escritura. Pero seguirá habiendo gente que escriba para transmitir ideas y por la belleza intrínseca del propio lenguaje; igual que se sigue pintando al óleo en la era de la imagen computarizada. O eso espero.

HETERÓNIMOS.

José Ignacio de Arana.

Un heterónimo es algo más que un seudónimo. Éste último es el nombre utilizado por un artista en sus actividades y que utiliza como firma, en vez del suyo propio. Todos conocemos numerosos ejemplos en las distintas artes: valgan de recordatorio los de Azorín (José Martínez Ruiz), Pablo Neruda (Ricardo Neftalí Reyes), Fernán Caballero (Cecilia Bohl de Faber), Stendhal (Henry Beyle), Mark Twain (Samuel Langhorne Clemens), el arquitecto suizo-francés Le Corbusier (Charles Édouard Jeanneret-Gris), etcétera. Otra cosa son los nombres que sus contemporáneos y la posteridad han otorgado a algunos artistas y que sustituyen al verdadero en la historia y en los catálogos: El Greco (Doménico Theotocópoli), El Españoleto (José Ribera), Tintoretto (Jacopo Robusti) o El Arcipreste de Hita (Juan Ruiz). Todos, o casi, saben quién está detrás de esos nombres que no puede decirse en puridad que sean falsos sino una manera diferente de firmar las obras que mantienen una unidad intelectual y creativa con las únicas variaciones, eso sí, que marca el distinto momento vital del autor en que fueron creadas, pues ningún autor pinta, escribe, compone o diseña de igual forma a lo largo de toda su vida.

El heterónimo, a distingo de lo anterior, lo encontraremos únicamente entre los escritores y es una “identidad literaria ficticia, creada por un autor, que le atribuye una biografía y un estilo particular”. Es una figura que, con muy aislados antecedentes, aparece en el Romanticismo y, sobre todo, en el tránsito de los siglos XIX y XX. Sin salir de la península ibérica encontramos a dos escritores que hicieron uso de los heterónimos con asiduidad. En España, Antonio Machado crea al poeta Abel Martín y a Juan de Mairena, discípulo de aquél, profesor de gimnasia y también poeta aficionado. Machado se refiere a sus creaciones y a su propia relación con ellas con un término que le es muy querido: los *complementarios*. Las obras que simulan firmar estos personajes están escritas casi siempre en prosa y en ellas aparece un pensamiento mucho más filosófico, didáctico y de carácter social que el que traslucen los poemas machadianos.

El portugués Fernando Pessoa (1888-1935) llevó al extremo la creación de heterónimos, hasta el punto de que prácticamente toda su obra literaria apareció firmada con sus nombres. En especial cuatro: Alberto Caeiro, Álvaro de Campos, Bernardo Soares y Ricardo Reis. Tenían una compleja y detallada biografía y hasta se enzarzaban entre sí en algunos de sus escritos o criticaban abiertamente al

propio Pessoa. Un auténtico galimatías para sus compiladores y sus críticos literarios que ha llenado muchas páginas tanto en Portugal como en España o en Inglaterra donde era especialmente admirado pues escribió mucho directamente en lengua inglesa. No es fácil, no, la personalidad del escritor lisboeta, como tampoco lo es la lectura de su obra –y no por el idioma precisamente- en comparación con la claridad meridiana y primorosa del sevillano Machado.

La cuestión de los heterónimos merecería, y en algún caso muy poco frecuente así se ha hecho, un estudio médico, psiquiátrico de sus creadores. Muchas veces, sobre todo en Pessoa, mucho menos en Machado, parece tratarse de una auténtica forma de esquizofrenia en la que el individuo se desdobra completamente en varias personas para dar salida a distintas esquirlas de su temperamento creativo. El sujeto es uno, pero se manifiesta de formas a veces tan dispares y hasta antagónicas que no puede tratarse de un mero ejercicio literario intelectual, de un juego con el arte de escribir; tiene que existir, soterrado, un cierto trastorno de la personalidad. Leerlos es atractivo y en ocasiones cautivador. Estudiarlos clínicamente, puede ser fascinante